

Ricardo Vicente López

La esperanza
como
problema

*Reflexiones en torno a una
carencia de espiritualidad
en el siglo XXI*

Cuadernos de reflexión:

escepticismo y ateísmo

Aproximación al tema

América Latina debe recuperar una historia de décadas pasadas, de la que puede extraerse muy interesantes y útiles enseñanzas. En aquel tiempo brilló una esperanza que se trastocó en este escepticismo de las últimas décadas. ¿Por qué? ¿qué había que ya no hay? ¿qué alimentaba esa esperanza que después desapareció? A partir de los años sesenta, sin que esto pretenda ser una etapa precisa, y tal vez como efecto del triunfo de la Revolución cubana, del proceso de descolonización de posguerra, de las manifestaciones de los estudiantes estadounidenses por el retiro de las tropas de Vietnam, del estallido de los estudiantes franceses de Mayo del '68, etc., en América Latina sectores importantes de la juventud universitaria, pero no sólo de allí y no sólo jóvenes, encarnaron una conciencia esperanzadora. Ésta les hacía pensar que había llegado el momento de tomar el "comando de la Historia", someterlo a su voluntad, imponerle sus propósitos y hacerla avanzar al ritmo que se le quisiera imprimir hacia un mañana preñado de utopías. Es decir, la certeza de que se podía y se debía ser protagonista de la Historia.

Si bien había allí, en ese modo de entender el compromiso histórico y social, muchos apresuramientos, muchos errores y muchos caminos equivocados, había también una fuerte cuota de idealismo que encendía el corazón de aquellos jóvenes y que pintaba lo mejor del alma humana. La entrega, el sacrificio, los sueños y el horizonte que prefiguraban delante de sus ojos nos hablan, aún hoy, de una etapa llena de sueños y utopías. En esos tiempos la preocupación por los otros era un clima de época que invadía el alma de aquellos que no podían sustraerse del padecimiento ajeno. Era acompañado por la convicción de que "la unión hace la fuerza", de que esa unión debía estructurarse en organizaciones de las más variadas formas, y de que esa experiencia debía ser la matriz de un camino de organización social en todos los niveles de la Nación como modo de construir un futuro mejor. Hubo apresuramientos, es cierto, productos de demasiadas ansiedades, pero hubo aprendizajes que está legando la hora de repensar.

¡Qué lejano parece ese mundo hoy! ¡Qué extrañas y lejanas suenan esas palabras! ¡Cuánto nos han dicho sobre la tontería de soñar con mundos mejores! Siento que la necesidad de hablar con los jóvenes de ahora de todo esto tiene una extraña y profunda relación con la necesidad de superar la mediocridad y la chatura en la que hemos venido a desembocar. Y tal vez, por el abandono de aquellos caminos llenos de ideales, haya sido tan fácil y simple sumergir nuestra cultura en esta superficialidad vana de la felicidad instantánea y pasajera. El consumismo de objetos comprables e inmediatamente desechables, invadió todas las esferas de las relaciones sociales. Y fueron reducidas a este triste estamento la amistad (condicionada por los pequeños intereses), las relaciones internas de la familia (adelgazadas por el tiempo retaceado y la búsqueda del mayor ingreso que fuera posible) y las relaciones amorosas (transitorias, descomprometidas y fugaces) por el goce como consumo y el placer como objetivo, etc. Las relaciones entre las personas se empaparon de ese clima de época.

Leo lo escrito y temo que se perciba un aire de acusación a estos jóvenes de hoy. De inmediato me asalta la necesidad de hablar de nuestra responsabilidad generacional. ¿Los jóvenes de estos tiempos llegaron a un "mundo puro" que les dejamos los mayores? O mucho de lo que les pasa es la consecuencia de nuestras incapacidades, de nuestras complicidades, de nuestras incoherencias, de nuestros malos o nulos ejemplos. Debemos preguntarnos qué grado de responsabilidad, y hasta de culpabilidad, nos cabe por lo que hicimos, por lo que permitimos que hicieran y por lo que dejamos de hacer mirando para otro lado. ¿Cuánto de todo aquello que señalamos como los males de esta época no encuentra sus raíces en nuestras conductas pasadas y

presentes? ¿Cuántas veces, los que pertenecemos a las generaciones anteriores, nos desentendimos y nos desentendemos de nuestra deuda?

Pero, sin embargo, también debo decir que si nosotros los mayores fuéramos capaces de hacer una sana y profunda autocrítica podríamos abrir un camino para invitar a estos jóvenes a transitarlo juntos. Sin colocarnos a la vanguardia para indicarles por donde pisar, pero sin perder el ritmo de la marcha que ellos son capaces de llevar y dejarnos rezagados. Si nos tomáramos de la mano para caminar juntos se abriría un nuevo espacio, una manera nueva de avanzar hacia ese futuro. Y en las conversaciones del camino ellos nos expresarían sus ideales y nos señalarían todo lo deseable a conseguir, nosotros desde nuestra experiencia les aportaríamos la prudencia de ir intentando lo posible, sin por ello claudicar en la búsqueda de lo deseable, pero no realizable todavía.

Pareciera que nuevos vientos soplan por sobre la América Latina y que se empiezan a percibir en nuestras pampas y montañas. Pareciera también que empieza a descongelarse el escepticismo, como si una primavera del alma empezara a hacernos reverdecer, y de aquellos tallos duros y leñosos unos pequeños brotes verdes anunciaran nuevamente la vida, otra vida más vivible y más digna. Si esos brotes son cuidados amorosamente, si prestamos a ellos toda nuestra atención, olvidándonos de aquella certeza que nos decía que ya estaban secos y que nada podían dar, aprenderíamos, una vez más, que la vida siempre encuentra un nuevo camino para dar lo más hermoso que nos ofrece: ella misma, la maravillosa aventura de vivir. Entonces, nuestros viejos escepticismos, sin euforias apresuradas ni fáciles encantamientos, con la prudencia necesaria para cubrir esos brotes de algunas heladas tardías que todavía se pueden precipitar, podrán dar lugar a que las flores, una vez más adornen nuestra alma. ¿Será un nuevo modo de recuperar "el comando de la Historia"?

Pensando en las dificultades

Podemos comenzar por unas reflexiones que hace Jaime Botey:

El siglo XX ha sido el que mayores esperanzas y frustraciones ha generado: trajo la libertad y el reconocimiento de la dignidad de las antiguas colonias, los enormes avances en la tecnología que cambiaron e hicieron pequeño el mundo... Sin embargo también trajo injusticias agudas: a principios de ese siglo, la distancia entre la quinta parte más rica y la quinta parte más pobre de la humanidad era de 10 a 1, y a finales de siglo era de 82 a 1... Ha sido el siglo más belicoso de la historia... Se calcula que casi 190 millones de personas han muerto de manera directa en conflictos armados... antes moría el que iba a la guerra, y hoy el objetivo principal de la acción militar es la población civil: de cada 100 muertos en guerra, 7 son soldados y 93 civiles, de los cuales 34 son niños.

Podríamos decir ¿cómo poder ser esperanzado si este siglo nos muestra que ha empeorado la conducta humana? Sigamos pensando.

Durante muchos años hemos oído hablar de entrar al primer mundo. Lo que daba a entender que no estábamos en "ese mundo". De allí se puede deducir, sin gran esfuerzo, que había más de un mundo, tal vez dos, tal vez más. Reflexionar sobre esta posibilidad de múltiples mundos nos lleva a tomar conciencia de la complejidad del orden social de estos tiempos y de la cantidad enorme de facetas que presenta. El pertenecer a un mundo está lejos de ser un tema geográfico o cósmico, está profundamente emparentado con las culturas, los proyectos de vida (individual y colectivos), la tabla de valores, los deseos, las ambiciones, las

posibilidades de cada uno, y tantas otras cosas que se haría muy largo enumerarlas. Y queda aún otra posibilidad: ser un excluido del mundo, lo que nos colocaría en... (?), nos asusta pensarlo.

A esta reflexión me fue llevando un comentario respecto de un libro que apareció a fines de los noventa, que analizaba el gasto del público norteamericano (y que obliga a pensar en lo que pasa entre nosotros): "Trading Up: The New American Luxury" (Gastar: el Nuevo Lujo Americano). En él se señala que el consumidor del norte está dispuesto, de manera creciente, a pagar más dinero (más, por encima de un precio ¡ya excesivo!) por lo que considera productos de marca. Los autores, Michael Silverstein y Neil Fiske, nos proponen un nuevo concepto "New Luxury" (algo así como el nuevo lujo) para comprender las conductas de aquellos consumidores que convierten el precio excesivo de un producto en un símbolo de pertenencia al "mundo de los ricos" (¡otro mundo más!). Comentan que los bienes costosos no excluyen ningún tipo de productos, desde lo suntuario hasta lo de uso cotidiano. «Una lavadora-secadora de una marca de prestigio se vende a más de 2.000 dólares, en comparación con las de las marcas convencionales que se venden al consumidor por unos 600 dólares». Nos recuerda aquella publicidad: «Caro, pero el mejor».

Los autores entrevistaron a numerosos consumidores que les aseguraron que «para ellos poseer una marca de mayor costo les hace sentirse más felices y mejores personas». Estos típicos analistas del marketing pueden comentar alborozados que «Estados Unidos está gastando, y esto es bueno tanto para los negocios como para la sociedad» y agregan «en los cincuenta años que llevamos escuchando a los consumidores, nunca hemos oído expresiones tan llenas de emoción sobre productos, que incluso los iniciados en la industria consideran vulgares y dignos de poca atención». En otros casos se trata de productos considerados comúnmente de lujo. «Las empresas de palos de golf de alta calidad han visto cómo una compañía se elevaba hasta la posición número uno en su rubro, cuando antes no estaba ni siquiera entre las 10 primeras. Un consumidor afirmó que había pagado 3.000 dólares por sus palos de golf, en lugar de los 1.000 dólares que cuestan unos palos convencionales, porque “me hacen sentirme rico”». ¡Pobre hombre!

Leamos:

¿A qué recurren los nuevos bienes de lujo para garantizar su éxito? Se observa que normalmente se basan en las emociones, y en que los consumidores tienen un lazo emocional más fuertes con ellos que con otros bienes. Esto difiere de los bienes de lujo de siempre, muy caros, basados principalmente en el status, la clase y la exclusividad. Además del factor emocional, los nuevos bienes de lujo deben marcar también diferencias en el diseño o la tecnología. Una vez que se convencen los consumidores de la superioridad de un producto y se forma un lazo emocional con él, están preparados para gastar en él una suma desproporcionada de sus ingresos. Esto se hace escatimando en otros gastos», lo que nos muestra que no es la clase más alta la que compra de este modo. Se ha logrado incorporar a las clases medias, consumo lujoso mediante, a ese escalón más alto: los ricos.

Pero este fenómeno no es exclusivo de la gente de los EEUU., puede encontrarse en otros países del norte. El periódico National Post comenta que algo similar ocurre en Canadá: «La creciente popularidad de los productos de lujo para bebés. Los precios de los cochecitos pueden alcanzar los 500 ó 600 dólares canadienses hasta llegar a los 6.000 dólares en el caso de algunos modelos. Los bolsos para pañales de marcas de diseño pueden venderse en 1.000 dólares o más». Italia también está viviendo el auge de los artículos de lujo, a pesar de su recesión económica. El diario Corriere della Sera mostraba cómo «un creciente número de personas, con ingresos de 40.000 euros o más, está dispuesta a derrochar en artículos caros, como un segundo o tercer coche. Las compras preferidas incluyen jacuzzis (el año pasado se vendieron 17.000); televisores de plasma a 8.000 euros; o el home cinemas (cine en casa) que cuesta más de 25.000.

Estos comentarios de los periódicos o de los autores mencionados, unos entusiasmados otros sorprendidos, dan cuenta de un mundo en el que el consumo configura la identidad personal y llena el vacío de sentido de la vida. Se "tiene" para "ser", y se "es alguien" en la medida en que se es "reconocido" como un miembro de "ese mundo". Nosotros estamos, todavía, lejos de ese mundo, o puede ser que no tanto. Pero, por ello, estamos a tiempo de pensar si ese "paraíso" que nos ofrecen tiene frutos tan apetitosos como aparecen a la distancia. Debemos pensar cuál es la contrapartida de la vida en ese mundo, cuál es el precio en salud integral que se debe pagar. Creo que queda un poco más claro por qué el Reino prometido del que hablaba el viejo Maestro no puede ser de «ese mundo».

Las promesas de ingresar al primer mundo suponen que allá se está muy cerca del paraíso, o que éste es el paraíso terrenal. Pero ¿de qué paraíso hablamos? El del Occidente primermundista sólo existe en la afiebrada imaginación de los publicistas, nada ingenua por cierto y muy mercenaria esa imaginación. Es cierto, en alguna medida, que en la opulencia del Norte la mayoría no muere de desnutrición, pero lo hace de exceso de colesterol; no tienen sed, pero el exceso de alcohol sigue aumentando los accidentes automovilísticos mortales; como ha aumentado el cáncer de pulmón. No todos los habitantes de las naciones ricas pueden "disfrutar del placer de sentirse ricos", ya que la lista de excluidos del banquete va creciendo, a esto se lo ha denominado el "cuarto mundo". Se aplican, cada vez más los ajustes empresariales para mejorar los balances aumentando así la renta de los accionistas. Veamos estadísticas:

«En la mayor potencia industrial, Estados Unidos, se estimaba en 1999, que un 13% de la población no llegaría a los 80 años; que el 20,7% era funcionalmente analfabeta, y que el porcentaje de estadounidenses que se encontraban por debajo del nivel de la pobreza era del 19,1%». En la otra punta de la escala «los privilegiados ciudadanos que disfrutaban de ingresos estables pueden estrellarse con sus automóviles, machacar su salud con dietas de plástico, y asfixiarse en nuestras ciudades gracias a la perfecta máquina consumista». Se trabaja para poder lucir una tarjeta de crédito que le abre las puertas de acceso al "gran consumo". Por supuesto, no importa que sus necesidades materiales básicas (alimentos, ropa, vivienda) se encuentren cubiertas, y que sus necesidades afectivas estén cada día más empobrecidas (respeto a la persona, amistad); lo verdaderamente importante es gastar, comprar, consumir sin descanso, como ya hemos visto. Como dice Eduardo Galeano, «las cosas importan cada vez más y las personas cada vez menos, los fines han secuestrado a los medios: las cosas te compran, el automóvil te maneja, la computadora te programa, la TV te ve».

Pero el consumo sin freno tiene sus costos, una gran parte de lo que se compra se paga con jirones de vida. La experiencia que comentan aquellos analistas de marketing nos muestra que esa pequeña porción de la humanidad, cuya vida gira alrededor del consumismo, se encuentra con una existencia vacía cuyo único sentido se alcanza consumiendo. Trabajar para consumir, consumir para trabajar. La presión psicológica que implica este tipo de vida supone una pérdida creciente de la salud mental de las personas, y así lo reflejan las estadísticas. «La nación del mundo donde el consumismo alcanza sus más sofisticados refinamientos, los EEUU., es también la que padece la mayor cantidad de depresiones y trastornos psíquicos. Ese país, que cuenta con sólo el 5% de la población mundial, consume la mitad de los sedantes, ansiolíticos y demás drogas químicas legales que se venden en el mundo».

Los norteamericanos hacen encuestas para todo. Un estudio sobre necesidades y deseos de consumo realizado sobre esa población resulta ilustrativo al respecto. El número de personas entrevistadas que consideraban que tener una buena vida era disponer de una casa de vacaciones se incrementó, entre 1975 y

1991, en un 84%; los que pensaban que tener una buena vida era poder poseer una piscina, aumentó en un 36%; mientras que aquellos que creían que una buena vida era trabajar en un oficio o profesión interesante no aumentó, sino disminuyó. Los que creían que un matrimonio feliz equivalía a una buena vida disminuyó en un 8%; la mayoría de la gente piensa y actúa cada vez más según los mandatos de la publicidad y del mercado, y muy lejos de los dictados de la razón y los sentimientos.

La Comisión de Consumo de Ecologistas en Acción sostiene:

El consumismo no afecta únicamente a la escala de valores o a la salud mental de la humanidad, también afecta, y con una intensidad creciente, a su salud física. Uno de los negocios más rentables hasta la fecha ha sido el de la industria tabaquera. Las grandes compañías han ingresado fortunas a base de convertir en adictos a millones de personas, ayudándose de la industria química y de la mercadotecnia; a sabiendas de los efectos nocivos que el tabaco ha demostrado tener sobre la salud humana. Cuando los costos sanitarios derivados del tabaquismo han hecho reaccionar a las administraciones de países como EEUU., se ha desatado una ofensiva antitabaco que amenaza a la industria tabacalera. ¿Amenaza? No es para tanto. Las grandes firmas suelen formar parte de consorcios dedicados al sector de la alimentación que les guardan bien las espaldas. O sea, que mientras el negocio tabaquero sufre alguna pérdida, las compañías responsables de gran parte de los 3,5 millones de muertes que al año produce el tabaco pueden estar tranquilas: la diversificación de sus negocios en los países del Norte, y el mantenimiento del negocio tabaquero en los países del Sur les garantizan abultados beneficios.

Es una verdad de "Perogrullo" pero importantes economistas, que escriben sesudos manuales con los que estudian nuestros estudiantes, han "demostrado teóricamente" que la pobreza del sur no tiene ninguna relación con la riqueza de los consumistas del norte. «Es la capacidad para hacer negocios» lo que los ha llevado a esa posición de "privilegio". En el sur la «indolencia de la gente», la «poca voluntad de trabajo», «la falta de ambiciones», etc., son algunas de las razones que permiten comprender el estado en que se encuentran. Ellos han acumulado riquezas sobre la base de un esfuerzo honrado y una inteligencia aplicada a sus inversiones. Sobre esto no deben quedar dudas porque está «científicamente comprobado».

Desde otra mirada al problema, pero no tan «científica» pero más comprometida con el dolor de los más, la Comisión de Consumo de Ecologistas en Acción sostiene en un informe:

La desvergüenza de los ricos hacia los pobres parece no tener techo. La explotación de los países va más allá de las materias primas o de ciertas manufacturas; también alcanza a lo meramente ornamental, como, por ejemplo, las flores. Un alto porcentaje de las flores de EEUU y de Europa proceden de Colombia. En 1993 este país exportó a los países ricos 130 millones de toneladas. En los alrededores de Bogotá trabajan 50.000 seres humanos en 450 empresas dedicadas a la floricultura. El 80% de esos trabajadores son mujeres. Trabajan a destajo, en cuclillas, soportando un calor sofocante. Se les paga el jornal mínimo, y sus empresarios no se molestan en pagar sus seguros sociales: la que no trabaja se va, la que se enferma no cobra. Los empresarios se escudan en la competencia. EEUU compra el 80% de la producción, y es un cliente exigente, quiere flores baratas y perfectas; si el precio le parece alto o la calidad baja, amenaza con irse a comprar a Costa Rica. Para mantener una producción de tales características se necesitan, en el ecosistema de la sabana colombiana, 74 kilos de plaguicidas por hectárea y año, y un elevado y creciente volumen de agua. Los plaguicidas envenenan a las trabajadoras, al suelo, y a las aguas subterráneas; y el agua se hace cada vez más escasa y más nociva. Los pueblos próximos a las plantaciones reciben agua tres veces por semana, y cada vez de peor calidad. Cualquier modificación que implique mejoras para

los trabajadores y para la naturaleza se traducirá en aumento de los costos; y entonces el gran cliente, los EEUU, cambiará de proveedor.

Que el consumo cotidiano, y hasta el suntuario, de los ricos del norte está sostenido por el sufrimiento de los que trabajan en el sur parece más que evidente. No sólo el bajo costo se logra sobre la salud y la vida de los pobres sino que, además, se está convirtiendo en una amenaza para el futuro de nuestro planeta. Parecería que exagero y convierto el tema en tétrico, pero no es así. Para recurrir a un organismo del que no se puede sospechar de sus intenciones leamos las conclusiones del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, éste dedicó su informe anual correspondiente a 1998 a Consumo y Desarrollo Humano. En el documento queda demostrado que: «a pesar de que el gasto del consumo mundial había pasado de 1,5 billones de dólares en 1900 a 24 billones en 1998, los beneficios, en cuanto a calidad de vida, que de ello pudiera derivarse, sólo alcanzan a una pequeña parte de la población mundial, la que vive en los países ricos y que equivale, aproximadamente, al 20% de la población del planeta».

Ello coloca, una vez más, el resultado del modelo de desarrollo que imponen desde el norte ante nuestra vista: una extraordinaria desigualdad, y su tendencia a incrementarse con el paso de los años. Este estudio aporta algunos otros datos reveladores. Confirma que el consumo, entendido como un medio que contribuye al Desarrollo Humano, es hoy a todas luces una falacia. Afirma el informe que el consumo «debería aumentar la capacidad y enriquecer la vida de la gente sin afectar negativamente al bienestar de otros, debería ser tan justo con las generaciones futuras como con las actuales, y debería servir para estimular a individuos y comunidades vivaces y creativas». Pero para lo que realmente está sirviendo el modelo actual de consumo es para, en sus propias palabras, «destruir la base ambiental de los recursos y para exacerbar las desigualdades».

Por lo tanto, queda claro que el incremento del consumo como camino para mejorar la vida de los pueblos es nada más que un argumento de los poderosos para su propio beneficio. Habría que pensar y discutir, en este punto, la tan mentada necesidad de "exportar" para generar "divisas" (¿divisas para quiénes?). Esto no debe ser entendido como la crítica del aumento del consumo de los más necesitados, ni como la crítica a la necesidad de exportar. Se trata de ese consumo y de esas exportaciones que se fomentan con la única y exclusiva finalidad de incrementar las utilidades de los "inversionistas" (palabra mágica y fantasmagórica).

Una relativamente nueva disciplina científica, el "Marketing" (así con mayúsculas, ciencia suprema del mundo de los negocios), asociado a una actividad comercial que se ha visto apoyada en su crecimiento por el "invalorable aporte" de la psicología de masas, la psicología profunda, la sociología, la antropología, etc., nos es muy útil para encontrar alguna respuesta a ese interrogante sencillo, pero terrible, que podría enunciarse de este modo: «¿Cómo hemos llegado a este estado de cosas?».

Tal vez, su inicio reciente, aunque la historia es mucho más larga, puede ser ubicado a fines de la década del 70 e inicios de la del 80. Allí una vieja doctrina, totalmente remozada como para hacerla pasar por nueva, comenzó a difundirse desde las cátedras, desde los "gurúes" científicos de los medios de comunicación, el viejo liberalismo, maquillado como "neo" por el fundamentalismo económico. Debe ser aclarado que esta misma receta, que se proclamaba como la política superior para salir de la pobreza, no era puesta en práctica en aquellos países que nos la enviaban. No obstante esta sencilla verdad no hacía mella en la fe de los "profesores" y "gurúes televisivos" que seguían proclamando la "buena nueva" a los cuatro vientos. Se había reconvertido en "el camino, la verdad y la vida" de este nuevo evangelio. Su contenido era simple: liberar los

mercados para el libre tránsito de las mercaderías (ojo, no confundir con las personas, éstas no deben tenerlo), homogeneizar, en la medida de lo posible, el consumo, los gustos y las preferencias.

Como parte importante de esa nueva enseñanza se encontraba la tergiversación del concepto de consumo. Es claro que el hecho mismo de consumir resulta inherente a la vida del ser humano, más aún, a la vida en general. Para mantenernos vivos debemos consumir una serie de recursos materiales (y espirituales, pero de esto no hablan los economistas) que nos permiten obtener la energía y la materia necesarias para renovar las células de nuestro organismo, para crecer, desarrollarnos y reproducirnos. Para mantener un equilibrio psíquico y poder vivir en sociedad, necesitamos cubrir una serie de necesidades de orden inmaterial, espirituales y afectivas, que contribuyen a la formación y a la evolución de diferentes culturas. Ahora bien, la cuestión es valorar de qué necesidades estamos hablando, y qué criterios se siguen para definirlos y evaluarlos.

Esta tergiversación del concepto de consumo consiste en transformarlo de medio para vivir dignamente en un fin en sí mismo. La buena nueva anuncia: «El ciudadano ha muerto, ha sido reemplazado por el consumidor o el cliente». Ya, en algunos países del norte, el Documento Nacional de Identidad ha sido suplantado por las tarjetas de crédito o débito. Sin tarjetas, sin cuentas bancarias, el consumidor desaparece del mercado, por lo tanto no existe. Por ello los teóricos de la "mercadotecnia" afirman que su trabajo consiste en satisfacer las necesidades del consumidor. Pueden afirmar tal cosa porque se apoyan en «el insaciable apetito humano por tener y acaparar; somos seres voraces y egoístas, permanentemente insatisfechos». Según ellos, el hombre es un ser voraz que siempre quiere más y más. Es claro que pueden afirmar tal postulado apoyados en la conducta del consumidor del norte, largamente adoctrinado por las mismas enseñanzas (un auténtico caso de círculo vicioso). En realidad, el trabajo de estos técnicos consiste en convertir a las personas en perfectas máquinas de consumir lo que sea.

El avance de las enseñanzas de esos técnicos, avalados por la "ciencia" que manejan, ha logrado convertir la sociedad en una "comunidad de consumidores" (que tienen en común el deseo de consumir lo que sea). Las nuevas tecnologías mercadotécnicas y los viejos valores del liberalismo económico intentan imponer su hegemonía a todo el mundo, el "mundo del consumo", arrasando culturas, pueblos y ecosistemas. Para ello han elaborado y proclamado una nueva religión, presidida por el Dios Dinero, hoy dinero bancarizado en sus Templos, cuyos sacerdotes son los técnicos del mercado, que graban en la mente de las personas «si no consumís no existís». Han elaborado una depurada estrategia, concebida y financiada por las grandes corporaciones, para estimular, acrecentar y dirigir a la gente hacia el consumo de bienes y servicios.

Pueden exhibir algunos de los importantes logros de sus campañas. Es suficiente ver la capacidad educativa de los mensajes publicitarios: los niños de nuestras ciudades reconocen los logotipos de Ford, Coca Cola, Mc Donald's, antes de poder apreciar los árboles y los pájaros de sus parques y jardines. Sostiene un estudioso de la publicidad:

Resulta triste tener que admitir que en muchos países pobres la Coca Cola está más presente que el agua potable o la leche. O que en la mayoría de los países tropicales de Latinoamérica, con mayoría de población negra, indígena o mestiza, el ideal de belleza femenina sean mujeres blancas, altas, delgadas, rubias y de ojos claros... Esos auténticos lavados de cerebro no son difíciles de conseguir. Hace falta imaginación, planificación y paciencia para crear anuncios impactantes cuyo contenido, a base de machacona insistencia, logre impregnar la conciencia de la gente. Los publicistas, verdaderos mercenarios del mercado, ponen lo mejor de sus neuronas al servicio de los grupos empresariales.

Podemos ver, entonces, que la publicidad es uno de los más eficaces métodos para penetrar y conquistar mercados, es decir, la mente de las personas. Logra trastocar los valores, los gustos, las preferencias. Ha impuesto la importancia de las marcas por encima de la calidad, la utilidad y el precio de sus productos, como ya hemos visto. Después de semejante cirugía mental, esos mismos mercadotécnicos pueden afirmar, con total impunidad, que se esmeran por satisfacer lo que la gente desea. Permite a las empresas transnacionales seleccionar los sectores sociales y los países del mundo que más convienen a un determinado producto. Hoy no existe parte de la sociedad, ni Nación, que se escape del bombardeo publicitario. Una reciente película china, Ni uno menos, muestra un pueblito lejano de ese país, de una pobreza comparable a los más pobres de nuestro norte argentino, en el que los chicos de una escuela en ruinas pedían a su maestra que les permitieran comprar, con un dinero que habían juntado, tres latitas de Coca Cola para los treinta alumnos.

Pueden observarse las consecuencias de esas "ofensivas", semejantes a las invasiones militares, como perturban las economías locales, descomponen el tejido social e incluso dañan la salud de los habitantes de los países pobres. Comenta un analista de la publicidad:

La primera empresa mundial en alimentación, la suiza Nestlé, lanzó durante años una ofensiva comercial sobre países pobres para que la costumbre de amamantar a los bebés fuese sustituida por el uso de sus leches en polvo maternizadas. Olvidaban los señores de la Nestlé, que en esos países lograr agua con suficientes garantías sanitarias para preparar leche maternizada suele ser un reto, y que el paso de anticuerpos de la madre al lactante (cosa que no se logra más que con la lactancia natural) es fundamental para asegurar su supervivencia. Según diferentes ONGs, la ofensiva comercial de la empresa suiza ha significado un notable incremento local de la mortalidad y de la morbilidad infantil.

A la publicidad se le han acoplado nuevos mecanismos de control, incluso más poderosos y eficaces que aquélla. Se trata de lo que el sociólogo norteamericano George Ritzer denomina «nuevos medios de consumo». Nos informa este analista:

Los nuevos medios de consumo son estructuras o escenarios que nos permiten consumir todo tipo de cosas. Con frecuencia la gente se ve atraída por las fantasías que prometen realizar, y una vez en ellas permanecen allí debido a toda una serie de recompensas y restricciones. Su espíritu es, como resulta obvio, mantener a la gente en el negocio del consumo. Entre los nuevos medios de consumo se encontrarían: los restaurantes de comida rápida, las cadenas de tiendas, la venta por catálogo, los centros comerciales, los centros comerciales electrónicos (desde Internet a los publirreportajes televisivos), las tiendas de descuento, los parques y los restaurantes temáticos.

En muchos de estos escenarios se experimenta el fenómeno de fusionar compra con diversión, en un ambiente que trata de inspirar confianza, bien por ser una especie de microcosmos aislado del mundo exterior, bien por poseer ciertas señas de identidad fijas que pueden encontrarse en cualquier parte del globo.

Dentro del primer caso el ejemplo más evidente son los centros comerciales y los parques de ocio, y dentro de la segunda categoría se encontrarían los restaurantes de comida rápida o las cadenas de tiendas. Los parques de ocio son, probablemente, una de las máximas representaciones de los nuevos medios de consumo, y contribuyen eficazmente a estimular el consumo en la línea del consumismo a la norteamericana. Todo esto unido a la posibilidad de adquirir todo lo que se desee de una sola vez (desde calcetines hasta un viaje a Tailandia pasando por un seguro de vida), convierten a estos centros en un amplificador perfecto del modus vivendi tipo USA.

Los nuevos medios de consumo han desempeñado un papel fundamental en el incremento del consumo de los estadounidenses, y también han alterado profundamente su forma de consumir. Muchos de estos

escenarios se han convertido en algunos de los símbolos más poderosos de EEUU, e incluso de todo el mundo. Ahí tenemos los casos de Disneyworld y de Mc Donald's: los personajes de Disney y las hamburguesas, junto a la forma de vida que representan, son reconocidos prácticamente por cualquier habitante del globo. Este rápido aumento del consumismo no se limita sólo a los EEUU sino que se extiende con rapidez a otras naciones, especialmente a las más desarrolladas. Es importante recordar que los productos que nos exporta ese país, reflejan un estilo de vida propio: están concebidos para acomodarnos dentro del "american way of life", lo que muchas veces logra es crear necesidades en el consumidor que lleva a sostener una forma de vida culturalmente ajena. Esta alienación cultural tiene sus costos psíquicos y espirituales.

La aceptación universal del modelo de consumo norteamericano no sólo hay que buscarlo en la política de las corporaciones norteamericanas, dispuestas a imponer sus productos y la forma de consumirlos a los demás países del mundo, sino también a la falta de una alternativa mundial viable a ese modelo. El Reino no puede ser de "ese mundo". Es hora de pensar y proponerse, seriamente crear esa alternativa que nos abra un camino hacia un mundo más humano.

El 14 de Agosto de 2002 en San Juan, Puerto Rico, nuestro Ernesto Sábato expresaba estas palabras:

Al igual que todos ustedes vivo angustiado por el destino del mundo... El sufrimiento de millones de seres humanos está permanentemente delante de nuestros ojos, por más esfuerzo que hagamos por cerrar los párpados. Veinte o treinta empresas internacionales tienen el dominio del planeta en sus garras. Continentes enteros en la miseria junto a altos niveles tecnológicos, posibilidades de vida asombrosas a la par de millones de hombres desocupados, sin hogar, sin asistencia médica... Son los excluidos, esta categoría nueva que habla tanto de la explosión demográfica como de la incapacidad de la economía de regir, sin más, el destino de los pueblos. Son los excluidos de las necesidades mínimas de la comida, la salud, la educación y la justicia; de las ciudades como de sus tierras.

Habla de ese otro mundo, que es la contra-cara del que hemos visto más arriba. Vivimos tiempos de terribles contrastes, mientras unos se enorgullecen de pagar cifras estrafularias por un producto, «que los hace sentir ricos y felices», otros no tienen lo elemental y básico para sobrevivir. Voy a decir algo muy duro y doloroso, espero que se me comprenda. Lo más difícil de aceptar para muchos de nosotros es que esto sucede con nuestra complicidad. Esta complicidad es, sin duda, en la enorme mayoría de los casos, inconsciente. No percibimos que para que esas cosas se den debe haber una aceptación muda de muchos de nosotros, un no darse cuenta que lo permite. Tal vez por inacción, por desconocimiento, por desentendernos, por no saber qué hacer o no querer saberlo, etc. de esos nosotros. Puede sonar disparatado lo que voy a decir, pero ruego detenerse unos pocos minutos a pensarlo: si nos pusiéramos de acuerdo en cosas muy simples, como ya, no hace mucho tiempo, nos solicitó UNICEF, «no comprar productos de las fábricas que explotan a niños en el sudeste asiático» o «no consumir lo que ofrece Mc Donald's porque la "cajita feliz" se produce en campos de concentración de niños». Y a esto se le podría agregar una larga lista de cosas que las podemos comprar a bajo precio porque se hacen de ese modo.

¿Cuántas cosas se ofrecen en la góndola cuyo origen no es claro? Si mostráramos nuestra vocación de justicia en las cosas cotidianas, repudiando todo aquello que sabemos es de origen "desconocido", si nos preocupáramos por averiguar las procedencias, los componentes, etc. (que no aparecen en los medios de comunicación porque publicitan a esas mismas empresas, otro tipo de complicidad), estaríamos

contribuyendo al control ciudadano sobre la producción y la oferta. Sobre todo en esos casos en que la miseria y la explotación de otros está en el origen. Miseria y explotación que posibilita el hiperconsumo de los otros.

No está tan lejos de nuestras posibilidades. Si mostráramos a nuestros hijos, a nuestros amigos..., que comprar ciertos productos importados puede poner en riesgo la estabilidad de alguna empresa nacional, en la que trabaja gente que puede perder el puesto. Si nos abstuviéramos de ciertas compras innecesarias, superfluas, muchas de ellas ingresadas al país por "caminos dudosos", ayudaríamos a fortalecer el mercado interno del que dependen los puestos de trabajo necesarios para tanta desocupación. Si no tomáramos aviones fabricados por los que producen armas terribles... Si estos temas fueran incorporados a los temas de las aulas...

Y la lista de los "si..." se podría extender largamente. Habríamos empezado a construir otro "mundo". Uno más solidario, con más compromiso con el "otro", cualquiera éste sea. Por ello Sábato decía en esa tribuna internacional, llamando a los hombres de buena voluntad a actuar: «En medio de esta tremenda situación, cada hombre y cada mujer están llamados a encarnar un compromiso ético, que los lleve a expresar el desgarro de miles y miles de seres humanos, cuyas vidas han sido reducidas al silencio a través de las armas, la violencia y la exclusión». Nuestro compromiso no exige heroicidades, sino un "compromiso ético", como lo pedía con sus palabras.

Entonces, podría ser posible que el Reino pudiera empezar a ser de este mundo. «Pero -nos advierte Sábato- antes habremos de aceptar que hemos fracasado. De lo contrario volveremos a ser arrastrados por los profetas de la televisión, por los que buscan la salvación en la panacea del hiperdesarrollo. El consumo no es un sustituto del Paraíso». No aceptar que hemos fracasado hasta aquí pareciera indicarnos la necesidad de la autocrítica, de tomar conciencia de nuestros errores (por acción u omisión) para poder avanzar. Nuestro escritor, con la sabiduría de sus muchos años, le está contestando a aquellos "genios del marketing", que escriben tantos libros para explicarnos y convencernos de las bondades del consumo. Del consumo tonto y superfluo, porque del otro no es necesario hablar, como tampoco aparece en esos "sesudos estudios" el consumo imposible de los que necesitan consumir lo imprescindible pero no pueden hacerlo por falta de recursos.

Los fracasos y la esperanza

Habíamos estado pensando esta relación entre la esperanza y el consumismo, ayudados por las palabras de Ernesto Sábato, que nos advertía que «el consumo no es un sustituto del Paraíso». A primera vista esto puede, sonar antojadizo, arbitrario, extraño y fuera de lugar. Hemos intentado reflexionar sobre las dificultades que presenta la sociedad de consumo como ámbito para que se exprese la esperanza. Pero, podría aparecer una queja, en apariencia justificada. Cómo atreverse a hablar de consumismo en un mundo en el cual las carencias son tan enormes que reina el hambre y la enfermedad, para más de dos tercios de la población global. Cómo hacerlo mirando nuestro país, en el que las necesidades insatisfechas son tantas y el raquitismo y la mortandad infantil permanece. Sin embargo, una parte numéricamente significativa de los argentinos está muy por encima de esa situación; y otra parte no menos numerosas, probablemente más, vive con alguna estrechez pero le alcanza para "darse algunos gustos". Creo que debemos pensar a partir de esos sectores, porque, aunque aparentemente debiera ser de otro modo, en ellos se observa más desesperanza que en los más pobres. He oído decir, «es que los pobres ya están acostumbrados a vivir de ese modo». Es muy

posible que algo de esto así sea y que muchos de nosotros no sobreviviríamos en las condiciones en las que ellos lo hacen.

No podemos ignorar la existencia de dos mundos, en uno chicos preocupados por el último videojuego, en el otro chicos con cara triste por el hambre. Cómo pensar esperanzadamente mientras tratamos de aislarnos de esas realidades. Tenemos una situación de privilegio, aunque estemos en el último escalón de los sectores sin carencias básicas, pertenecemos a ese porcentaje de los que no han caído en la desesperación social. Sin embargo, la desesperanza se muestra en su plenitud. Sábado, que parte de la existencia de esas dos realidades, se detiene a pensar sobre la educación de nuestros hijos, que miran a los otros chicos, que no ignoran las diferencias. Entonces, se pregunta y su pregunta nos interpela respecto de la educación de nuestros hijos. ¿Qué decirles de esas realidades? y se contesta: «Para educarlos habrá que ponerles orejeras, hacerles olvidar los valores que hacen a la fraternidad de los hombres, y llenarles el alma con toneladas de informática y actividades, o simulacros de luchas por el bien común. Porque el bien común existe únicamente cuando a todo hombre se lo llama hermano». Puede ser fácil llamarlo hermano, lo difícil es sentirlo un hermano y creo que allí hunde su interrogación el maestro.

Abre, entonces, un camino de reflexión hacia un ámbito positivo, hacia una salida superadora:

La persona se humaniza consintiendo a su impulso moral. Y nada podremos ofrecer a nuestra juventud si los privamos de poder entregar su vida por amor, especialmente hacia el otro que sufre, ya que es esta la raíz de la grandeza humana». Ahora podemos abrir nuestra mente y aventurarnos en el ámbito que se despliega a partir de esta afirmación, que contiene una dosis densa de esperanza. Pensar en el que sufre, involucrar a nuestros hijos en esas reflexiones, «nos humaniza», es decir nos perfecciona, nos convierte en personas sensibles y dispuestas a ayudar. Profundiza nuestras raíces en la «grandeza humana», nos alienta el maestro, así frente a nosotros mismos y frente a nuestros hijos, aparece el rostro de la esencia humana: el respeto profundo por el otro, «especialmente por el otro que sufre.

La educación adquiere una nueva inflexión, se debe educar para el otro, para el ejercicio de la solidaridad. En esa idea de educación debe aparecer la pregunta sobre qué tipo de educación, para qué, para quiénes. Dado que lo que hoy se ofrece es el tema de la educación para ser un profesional, no la que prepara para la vida, propia y la de los prójimos, sino para la capacitación en especialidades técnicas, en el más amplio sentido de la palabra, es decir la que pone el acento en los cómo y no en los para qué y los para quién. La educación que exige el nuevo mundo a construir debe preparar para el prójimo, a quienes Sábado nos reclama llamarlos hermanos. Este es un tema particularmente difícil, sobre todo hoy. Los padres hemos padecido, en este aspecto, mucha desorientación. Y esto se puede comprender claramente porque hemos sido víctimas de una cultura que nos impulsaba a la competencia, y a educar para la competencia, dentro de la cual no tienen cabida los hermanos, sólo hay competidores, y por ello ganadores y perdedores.

Pero, aparece aquí nuevamente la palabra iluminadora del maestro, señalándonos que, mientras estábamos ocupados en el competir, para lograr la imprescindible eficiencia, y se nos llenaba la cabeza con palabrería técnica, otros hombres y mujeres, se esforzaban para poder comer todos los días compartiendo lo poco que conseguían. Por qué esos dos mundos, de los que ya hablamos, funcionaron siempre en paralelo: en uno el consumo de lo prescindible, en el otro lo imprescindible es escaso. De éstos, que hacían milagros con lo poco para muchos, que multiplicaban los panes y los peces, nos sorprende Sábado diciendo:

Son hombres y mujeres que, anónimamente, sostienen la condición humana en medio de la mayor precariedad. Unidos en la entrega a los demás y en el deseo absoluto de un mundo más humano, son ellos los que ya han comenzado a generar un cambio, arriesgándose en experiencias hondas como son el amor y la solidaridad. Y la tierra, así, va quedando preñada de su empeño.

Los invito a detenernos en estas palabras. Se me ocurre pensar en las causas de nuestro descreimiento: nuestra incapacidad para ver lo nuevo dentro de lo viejo, para ver esos haces de luz entre tanta tiniebla, para detenernos a observar la pequeña simiente que promete hermosas flores. Esto es parte de nuestra falta de esperanza. El nuevo mundo asoma en el horizonte y volvemos nuestra cabeza hacia el ocaso. Así, mientras nos esforzamos por conseguir para nuestros hijos la mejor educación, es decir, la mayor capacitación para competir por los mejores puestos de trabajo, no sabemos mirar a esos otros que, empujados por la necesidad, y tal vez sin saberlo, están colocando a nuestro lado los cimientos de una sociedad más solidaria en «hondas experiencias de amor».

Estamos hablando de la construcción de un mundo mejor, que ya se está produciendo a nuestro alrededor, pero que acosados por el ritmo alocado de nuestra cotidianeidad se oculta a nuestra mirada. ¿Por qué no sumarnos a esas experiencias? ¿por qué no compartir esas prácticas "hondas de amor"? Pero para sumarnos a ese intento el maestro nos impone una tarea previa ineludible. Ahora la voz del maestro se torna exigente, le pone condiciones a ese deseo, debemos pagar un precio espiritual para poder avanzar por estas sendas de la esperanza: «antes habremos de aceptar que hemos fracasado. De lo contrario volveremos a ser arrastrados por los profetas de la televisión, por los que buscan la salvación en la panacea del hiperdesarrollo». Es muy duro plantearse esta aceptación, confesar nuestro fracaso. Podríamos saltar reclamándole: «cómo, ¿quiénes han fracasado? ¿hemos fracasado los que cotidianamente hemos trabajado honradamente? ¿puede achacársenos así, que el resultado al que hemos llegado sea responsabilidad de nosotros?».

Estamos acostumbrados a reflexionar sobre este modo de ver los problemas sociales como exteriores a nosotros. Pero debemos detenernos un momento sobre lo que eso implica. Hay en ello una especie de quitarnos de encima una responsabilidad, que la tenemos por nuestra simple condición de ciudadanos, condición que reclamamos como un derecho al que no estamos dispuestos a renunciar, pero que impone también obligaciones, que no siempre hemos aceptado. Nada sucede sin nuestra participación o nuestro desentendimiento, en todos los casos, algo de lo que hicimos o no hicimos posibilitó haber llegado a este estado de cosas, a la existencia de un mundo dual.

Si no somos capaces de aceptar que con nuestra complacencia o con nuestra pasividad, sobre todo en esos engañosos años noventa, aunque no solamente en ellos, avanzó sobre nuestra sociedad un conjunto de ideas que eran parte de una doctrina inhumana, que privilegiaba el negocio por sobre los resultados sociales, que eran parte de un proyecto financiero que se había propuesto la destrucción de nuestra economía. Sus consecuencias se fueron viendo, de a poco, con la consiguiente desaparición de miles de puestos de trabajo. Se nos hace difícil poder tomar conciencia de que una actitud moral y política firme, que hubiera advertido en qué nos estábamos convirtiendo, que hubiera colocado la necesidad de todos por sobre la conveniencia personal, habría sido un serio obstáculo para el logro de tales propósitos. Por ello no va a ser sencillo reconstruir esta sociedad, hacia una más solidaria. Porque desde la necesidad de desculpabilizarnos, desde esa actitud con la que acusamos al otro o a los otros, logramos ponernos fuera del problema. Fueron ellos los responsables y serán ellos quienes deban arreglar lo arruinado.

Por ello, se nos impone la necesidad de una confesión individual y colectiva, de todos y cada uno de nosotros. Sábato sostiene como condición para mirar el futuro con esperanza que «debemos aceptar que hemos fracasado». Este fracaso consiste en no haber visto anticipadamente hacia donde nos dirigíamos. Puesto que no importa cuánto sabíamos con claridad lo que nos deparaba transitar por ese camino. Lo que debe hacernos pensar es cómo y por qué no pudimos verlo, qué impedía mirar y prever estas consecuencias. Ahora, es preciso, aceptar con la mayor claridad posible la realidad de la situación a la que llegamos. ¿Que

en todo esto hay personas muchísimo más responsables que otras? no hay ninguna duda, creo yo. Pero tampoco debemos dudar sobre la necesidad de asumir la parte de responsabilidad que nos corresponde a cada uno. Asumir el fracaso.

Aceptar nuestro fracaso no debe ser la puerta que se abra hacia el derrotismo y el escepticismo, sino un paso de la conciencia madura que comprende el error, lo analiza, lo asume y aprende de ese error. Esto será un enorme paso hacia delante. Ese paso nos garantizará no volver a ser arrastrados, por los que Sábato llama, «los profetas de la televisión». Una inteligente metáfora que utiliza para hacer referencia a todos aquellos que predicaron la llegada a una tierra prometida. Pero, tanto ayer como hoy, continúan predicando machaconamente por los medios masivos de comunicación, en las academias, en las universidades, una doctrina que avala el mundo que nos pretenden imponer, y que en parte ya está entre nosotros. Nuestra conciencia del error cometido impedirá que nos vuelvan a mentir. Digo mentir, porque algunos de ellos sabían y saben que lo que predicaban es un mundo para pocos, por ello la advertencia de que no debemos dejarnos envolver con futuros seductores, que esconden la miseria necesaria de los otros para alcanzarlo. Esto deberá ser parte de lo que les mostremos a nuestros hijos, y esa confesión de fracaso nos dará mayor autoridad moral ante ellos.

Entonces, no será necesario, como teme Sábato, que «para educarlos habrá que ponerles orejeras, hacerles olvidar los valores que hacen a la fraternidad de los hombres», porque seremos nosotros los portadores de esos valores. Y no será necesario «llenarles el alma con toneladas de informática» porque una educación que privilegie lo humanístico pondrá en su debido lugar la capacitación técnica necesaria. No es que deba ser despreciable la informática, y no creo que esté en el espíritu del maestro esa intención. No alude a la capacitación en esa materia, hoy imprescindible, señala el reemplazo que se produce por la fascinación cibernética y la postergación de una formación humana integral como consecuencia de ello.

Las advertencias, los señalamientos, las angustias, pero también la esperanza de Sábato nos abren los ojos para mirar de frente el mundo que se pretende terminar de globalizar. Un mundo de hombres y mujeres homogéneos, en cuyo altar el dios dinero presida la ceremonia. Podremos prepararnos para sumarnos, de este modo, a la construcción de ese mundo deseado que es posible.

En torno a la esperanza

Es evidente que la esperanza es algo que desearíamos tener todos, pero lo es también que no son muchos los que hacen gala de ella. ¿Cómo es que algo tan deseado sea tan escaso? Si fuera una mercancía comprable en el mercado su escasez podría encontrar respuestas. Se podría contestar también, como ocurre a menudo, que los tiempos no ayudan, que las cosas andan mal. Esto haría suponer que ha habido épocas en que la esperanza abundaba porque la realidad lo posibilitaba, pero quien afirme esto no conoce mucho de la historia. Se podría afirmar que desde los tiempos del Antiguo Testamento (siglo X a.C.) ya nos encontramos con testimonios de quejas contra los males de la época, y esto es verificable a lo largo de toda la Historia. Dice Discepolín: «Me he vuelto pa' mirar y el pasao me ha hecho reír... ¡Las cosas que he soñado, me cache en die, qué gil!». No es poca amargura ni poca la desesperanza...

Sin embargo, podemos pensar junto con Santiago Kovadloff que:

La esperanza no funda su consistencia en la confianza que le despierta lo venidero. El mensaje venturoso que ella dice oír proviene del presente, no del porvenir. De modo que la esperanza...

extrae su energía... de la inmediata realidad que habita, de la presencia inequívoca de aquello que da sustento a su consecución.

Ser esperanzado es, entonces, ser capaz de encontrar razones presentes que sostengan la expectativa, contra todo pronóstico negativo. La certeza de que algo mejor a lo actual no es sólo posible sino practicable, porque la espera de la esperanza no debe ser pasiva, como la de un observador neutro que va a dar testimonio del resultado. Debe ser activa, tomar parte de las posibilidades dentro de las cuales puede resolverse este presente. Saber, por otro lado, que la resolución de lo actual no tiene una sola posibilidad y ésta ya está escrita, sino que se debaten en cada momento múltiples componentes de variada intensidad y que, por lo tanto, la intervención de la voluntad humana, individual o del conjunto, alterará el resultado para un lado u otro.

«El “escándalo” de la esperanza -afirma Kovadloff- consiste en ocupar los sitios donde, en apariencia, nada invita a germinar». Pero, como afirma la sabiduría popular, "las apariencias engañan" y dejarnos conducir por ellas nos arrastran por caminos llenos de errores. Se podrá decirnos que eso es actuar sobre conjeturas de cómo será el futuro. Pues sí, pero ¿qué otra cosa hace el pesimista? ¿de dónde saca su certeza sobre lo nefasto? ¿no son también las de él conjeturas, que exhibirá si acierta? La diferencia entre uno y otro es que en un caso hay un regodeo con el fracaso y en el otro el goce de la espera de un tiempo mejor. El primero tiene el alma llena de frustraciones que derrama sobre el presente y el futuro a la espera de su confirmación, acarrea penurias. El segundo llena su alma con las ideas de un tiempo que imagina mejor, vive de y en esa espera pero tiene los pies en este presente. No actúa como el iluso que se entusiasma sin más con la primera idea que le parece linda. Se afirma sobre suelo conocido y apuesta por lo mejor de las posibilidades que el presente ofrece. Por ello, no desconoce los fracasos y las frustraciones, pero guarda siempre la convicción de que éstos son siempre transitorios.

Volvamos a Kovadloff: «El hombre esperanzado, entonces, no es fruto de una ocasión propicia en la que el dolor ha quedado atrás, sino el creador de su oportunidad en medio del infortunio... Caer es algo ineludible, pero no implica resignarse a la postración». Si la esperanza es sólo fruto de una gracia recibida, si encuentra terreno fértil sólo cuando todo augura un presente mejor, si se muestra en todo su esplendor cuando el presente muestra ya la cara de tiempos más felices, este modo de vivir no exigiría esfuerzos. Es lo que nos exige el pesimista, que todo sea claro y palpable para creer. Pero en ese caso creer no tendría sentido. Yo no creo en que mañana saldrá el sol por el horizonte, sobre ello no me cabe la menor duda. Allí no es necesaria la fe. Yo creo cuando el presente me exige poner lo mejor de mí para que el mañana deseado sea posible, porque radica allí la presencia de lo humano, en la participación de la voluntad de todos y cada uno, hecha proyecto, como coautora de los hechos cotidianos.

La esperanza es tal porque se hace parte del desenvolvimiento de la realidad de hoy, empujando hacia un futuro pretendido, individual o colectivamente. Y es esperanza porque se nutre de la fe en que la participación personal es en parte responsable de los resultados colectivos. «A Dios rogando y con el mazo dando» decían los cruzados medievales, mostrando una síntesis de actitudes humanas: rogar a Dios para que estuviera de su parte, pero no olvidando que, sin la participación humana, los ruegos no alcanzan. Rogar y quedarse pasivos es la actitud de los que después le reclaman a Dios por los malos resultados. Rogar y poner la voluntad en la misma dirección es la actitud de las mujeres y hombres de esperanza. Es la exigencia de la vida. Vivir es proyectarse permanentemente hacia un futuro.

Asumir la incertidumbre

Es probable que el lector que viene siguiendo estas líneas se encuentre un poco desorientado. Puede haber comprendido que estoy haciendo una propuesta de lanzarse ciegamente hacia un mañana incierto. El mañana es siempre incierto, pero ello no exige la ceguera. Por ello, esto no contiene un “elogio de la incertidumbre”. Lo que pretendo transmitir, por ello voy a insistir con el tema, es que la incertidumbre no es una elección que se nos presenta dentro de un abanico de posibilidades: es un resultado necesario del proceso de agotamiento de la cultura en la que estamos inmersos. Por otra parte si el futuro fuera claro y simple, si todo estuviera escrito y pudiéramos leerlo, para nuestra tranquilidad y anticipar los pasos a dar, habríamos perdido la libertad de construir un futuro proyectado por los deseos individuales y colectivos. Se puede pensar como comparación en la actitud de los adolescentes al enfrentar su crecimiento sin puntos de referencia claros y precisos. Precisamente de ello “adolecen”. El camino de la vida se les presenta como una encrucijada ante la que deben tomar decisiones, nada fáciles por cierto. No es diferente a lo que nos sucede a todos como individuos y como comunidad. Quedó atrás el tiempo ya vivido, nos enfrentamos a un futuro incierto porque debemos construirlo.

Hoy oímos hablar incesantemente de la posmodernidad. ¿De qué se trata? El mundo posmoderno coloca ante nuestra mirada que es un mundo transitorio, un estado pasajero del tiempo, y tiene la incerteza como condición esencial de su forma de ser. Es la vida misma en la búsqueda de nuevos caminos, de allí la incertidumbre como uno de sus componentes. Por tanto, las mentes excesivamente lógicas, las mentes de pensamiento lineal, las mentes causa-efecto, las mentes simples, la pasan muy mal en un mundo caracterizado esencialmente por “la lógica de la incertidumbre”. Pensar en situación de incertidumbre, actuar en contexto de incertidumbre, es, justamente, poder poner el pensamiento en capacidad de vibrar, de crear, de no sucumbir, de no conformarse con “lo obvio”. Cuando no hay ecuación posible, cuando no hay linealidad posible, cuando no hay causa ni efecto claros, se nos está exigiendo adaptarnos a pensar lo nuevo, lo inesperado. Se acabó aquella lógica, un poco mentirosa, un poco elemental, de que siempre hay una causa y un efecto. Dicho en otros términos: el modelo de pensamiento newtoniano es útil para aquellas realidades donde se cumplen las leyes con suma meticulosidad (aunque no tanto). No es el caso de la vida en este mundo que se abre.

Antes hice referencia al mundo adolescente porque juzgamos a los chicos como incapaces de pensar en el futuro. Cualquiera de ellos nos contestaría con una lógica aplastante: ¿cuál futuro? Porque pareciera que el futuro es la próxima estación de la vía del tren en la que vamos. Nunca fue así totalmente, pero mucho menos lo es hoy. “Mañana” es un concepto nebuloso porque hay que construirlo. Así pasa en nuestras vidas individuales y así sucede en las vidas colectivas. El futuro previsible, el deseable como continuidad de este presente, es la conservación de los privilegios y las injusticias. Los que tanto claman contra los cambios son tontos o son los beneficiarios del mundo actual. Éstos son los conservadores. Es fácil ser progresistas cuando estamos convencidos del futuro que nos espera y éste nos promete sólo bondades. Por tal razón, los progresistas se tornan conservadores cuando aparece la incertidumbre.

Por lo tanto, se nos ofrece la maravillosa oportunidad de construir “otro mundo”, pero debemos comenzar por “hacer los planos” y para ello debemos tener “planes”. Aquí aparece la necesidad de la imaginación, de la creación, de la aventura, de la osadía, como ya lo advirtió el poeta: “caminante no hay camino...”. Este mundo que se abre no responde a una rigurosa “causalidad”, como nunca sucedió en la historia. Hay en verdad una errática multicausalidad, en situaciones ambivalentes, confusas por la enorme gama de posibilidades que ofrece. Es un mundo de mayor libertad, como nuestros predecesores inmediatos

no pudieron imaginar. Nos toca vivir un mundo que se abre, que se ablanda, que se debilita. Al pensamiento posmoderno también se lo ha llamado “pensamiento débil”, porque debe ser flexible.

El futuro es incertidumbre

Ante las certezas, que no dejaban lugar a la duda, el futuro se presenta como incertidumbre: Lo sorprendente de esta novedad es que esto siempre ha sido así. Algo nos nublabla la vista y nos hacía creer lo contrario, ello nos hace pensar que algo ha fallado. Si el futuro es la repetición del presente, por ello la certeza en lo ya conocido, no es futuro, es vida detenida, es decrepitud, es senilidad. Esta es la característica del tiempo que está terminando. La vida es siempre avatar, novedad, posibilidad, proyecto, por ello es posible soñar, hasta pensar en utopías. Lo contrario es la muerte en vida. El poeta Antonio Muñoz Feijoo (1851-1890) nos advirtió que: «No son muertos los que en paz la calma disfrutan de la tumba fría. Muertos son los que tienen muerta el alma y viven todavía».

Por lo tanto aparece esta interesante paradoja: la fortaleza más notable del pensamiento posmoderno es justamente su debilidad. Pensamiento débil no es pensamiento aguado, inconsistente. La solidez del “pensamiento débil” está en su infinita capacidad de flexibilidad, de desplazamiento, de adaptación. Ante un mundo en construcción plural, esto debe ser resaltado, porque reside allí su capacidad de dar cabida a todos, sin exclusiones de ninguna naturaleza, muchos son los caminos a seguir y cada cultura, cada pueblo deberá emprender el propio. La polifonía de las voces diferentes, plurales, abrirá un ámbito de libertad como en gran parte no hemos conocido hasta ahora. Ese es uno de los rasgos característicos de la estructura de esta nueva sociedad en la cual nos toca vivir, a esa aventura estamos convocados. Se trata de indagar con una estructura de pensamiento abierto a muchas posibilidades, desechando sólo aquellas claramente disfuncionales y probando las posibilidades reales de las demás. Así se podrá pensar la complejidad, condición estructural de lo nuevo que enfrentamos, como ya vimos. Cuando utilicé el concepto posmodernidad no debe ser equiparado con las acepciones superficiales y ligeras que le da un lenguaje banal y lineal del periodismo actual.

Otro aspecto que no debe escapársenos, porque caracteriza el tiempo que nos toca vivir, es lo instantáneo y lo efímero de su modo de ser. Es efímero por su volatilidad, es un tiempo de la ambigüedad, un tiempo de la transversalidad, constitutiva de lo real y no solamente de un estilo de pensar. Sin embargo, no pude negarse que el sujeto posmoderno pone de sí su propia levedad al enfrentar este tiempo. Por tanto, no hay forma de abordarlo en clave de ciencia dura, no hay manera de entenderlo con los modos de la lógica fuerte, no hay posibilidad de comprenderlo desde la simplicidad de la lógica lineal. El paradigma de la simplicidad no puede entender el mundo posmoderno... ¡y estamos en un mundo posmoderno! Yo no estoy inventando el mundo, ni proponiendo una hipótesis, éste es el mundo que nos toca vivir. La dificultad reside, en gran parte, en que muchos todavía no han comprendido esto, porque la ignorancia y la miopía no están todavía en crisis.

Uno puede pasarse la vida en su "mundo feliz" y no se entera que existe un universo conmovido por lo que estamos analizando. En particular en el mundo de la educación, la idea de la crisis como posibilidad comporta una fuerza especialmente incisiva. La idea moderna de “educación” es parte de la crisis. Su pertenencia a la cultura moderna la ha impregnado con todas sus virtudes y todas sus deficiencias. He allí otra paradoja: las ciencias sociales que aparecen como los modos modernos de pensar todo esto también están en crisis. Por lo tanto hemos recibido una herencia poco creíble, algo de suyo sospechoso. Unas tales

“Ciencias de la Educación” no se sostienen, a menos que con este rótulo sólo estemos identificando un gran campo de problemas. Los intentos interdisciplinarios, cuando reúnen ciencias en crisis no hacen más que multiplicar la crisis y poca aportan.

Debemos asumir, sin que ello nos imponga una dura carga, que estamos saliendo de un mundo que agotó sus posibilidades de respuestas que le posibilitara la vieja cultura occidental. Éstas deben buscarse dentro del nuevo paradigma que comienza a construirse. Si el paradigma es el marco conceptual dentro del cual se elaboran las ideas, el paradigma agotado no puede brindarnos claridad alguna. ¡Aterradora y maravillosa paradoja! ¿Cómo elaborar las nuevas ideas si el paradigma viejo ya no sirve y el nuevo está en construcción? Este problema no es nuevo, lo afrontaron todos los hombres a lo largo de la historia, en tiempos de crisis, que se aventuraron a construir el nuevo mundo que hoy leemos en los libros de filosofía, teología, historia, política, etc. como clásicos del pensamiento. De ellos debemos aprender la capacidad y la osadía para criticar y crear futuros deseables y más dignos para la vida humana. Así sucedió en la decadencia de la polis ateniense, otro tanto en el final de la Roma imperial, se repitió en los finales de la Edad media europea y hoy atraviesa su tiempo final la modernidad que la reemplazó.

Porque ese deseo de futuros más humanos es una demanda profunda, que anida en el hombre, una demanda infinita que puede saciarse, tal vez, más con el dar que con el recibir. Si lo que se agotó fue el programa humano del *individualismo burgués* debemos salir de él para encontrar nuevos caminos que nos ofrezcan un nuevo programa, un nuevo desafío, que podemos denominarlo: un mundo fraternal. Una copla de Atahualpa Yupanqui dice: «Moneda que está en la mano tal vez se pueda guardar, moneda que está en el alma se pierde si no se da».

En cierto modo, el deseo egoísta de poseer, que no satisface totalmente, impide el encuentro con una satisfacción más duradera como el dar. Porque esta última se multiplica en la percepción del bien realizado. Para el descreído esto puede sonar a sermón, pero sólo la práctica de esas conductas puede enseñarnos todo lo que se esconde en ellas. Recuérdese aquí a Sábato.

Desmentir, entonces, el refrán que reza «el que espera desespera». Desespera aquel que confunde los tiempos de las realizaciones, el ansioso, el que necesita que todo se produzca ya. La sabiduría del *Eclesiastés* enseñaba que «hay un tiempo para sembrar y un tiempo para cosechar». Los ritmos de la naturaleza deben convertirse en un claro aprendizaje. Contra el refrán citado aparece este otro que dice «no me apures si me quieres sacar bueno», o «no por mucho madrugar amanece más temprano», con lo que se afirma que debemos tener un respeto por el tiempo de esas realizaciones. El que espera para lo inmediato vive continuamente en la decepción. Porque la construcción de una nueva antropología requiere de la conversión del hombre burgués en un hombre nuevo.

La certeza de que un tiempo mejor, no sólo deseado sino también posible, debe ser el cimiento de nuestra esperanza. Pero la espera de la esperanza no debe ser pasiva, como ya quedó dicho, debe ser activa, tomar, dentro del abanico de las posibilidades, aquellas que desde este presente vayan consolidando las mejores opciones hacia el futuro deseado. Requiere, para ello, saber que el modo de las soluciones del presente, condicionarán ese futuro. Porque cada presente tiene más de una posibilidad, y la elección de cual es la que debemos elegir debe estar iluminada por el camino que se abre hacia el futuro que promete a partir de ella. Saber también que no estamos obligados a aceptar lo que no queremos, o por lo menos saber que si esa aceptación nos es impuesta deberá ser revisada más adelante. En cada presente se abren mil caminos posibles y ante ellos nuestro ojo debe ser lo más certero posible en la elección de cuál nos lleva hacia donde queremos. Aquí, el tiempo de análisis y reflexión se presenta como imprescindible. La precipitación puede

conducirnos hacia el error. Error que todos cometemos, por ello, también debemos saber aprender de los errores cometidos. Nos dice Amado Nervo como un testamento de su vida: «si extraje las mieles o la hiel de las cosas, fue porque en ellas puse hiel o mieles sabrosas». Es «la hiel en la cosas» del poeta, la que debe enseñarnos nuestros errores, para no acusar a la mala suerte de la consecuencia de nuestras malas elecciones.

Ver por detrás y por debajo de esas «apariencias que engañan» nos permite ver, en lo profundo, lo que las miradas apresuradas o las superficiales no pueden ver. En eso consiste la revelación en nuestras vidas. Se nos revela, se corre el velo, se hace visible como en la película fotográfica, lo que está presente y se nos oculta. El ojo del pintor revela en el paisaje los matices de los colores que el ojo común no advierte; el músico extrae de la naturaleza los sonidos de una melodía que el oído no preparado no oye; el ojo y el oído de la sabiduría nos revela en nuestras vidas muchas posibilidades y oportunidades que se ocultan al apresurado. Dejarnos conducir por los apresuramientos puede arrastrarnos por caminos que desembocan en callejones sin salida.

Podrán decirnos, ahora, que por lo dicho estas son posibilidades que sólo los sabios pueden ver. Pero no está dicho que la sabiduría es prohibitiva, que es de acceso imposible sino, por el contrario, está al alcance de todo aquel que se disponga a aprender de sus enseñanzas, que esté dispuesto para abrirse a la espera de la revelación cotidiana, aquel que se ponga en camino hacia ella. La vida puede ser monótona e insufrible para quien mire lo que se repite. Pero junto a ello, todos los días se presentan novedades que, aunque pequeñas, ofrecen nuevos matices a nuestras vidas. El mismo ejercicio de mirar las pequeñas cosas es parte del aprendizaje. Pues sí, eso es precisamente la sabiduría de vida. Ir aprendiendo a cada paso, sacar enseñanza de todos nuestros actos, reflexionar sobre nuestras conductas, criticarnos constantemente, no ejercer con nosotros una piedad cómplice que justifica todo y nos perdona todo. Detenernos a escuchar a nuestro corazón.

Pero, entonces, si la esperanza se sostiene sobre condiciones tan exigentes, es sólo un privilegio para pocos. Pero debemos preguntarnos ¿para quiénes son tan exigentes? No resulta, entonces, que nada hay de extraño en que tan poca gente sea esperanzada. Si es necesario tener tanta agudeza en el discernimiento, tanta sabiduría en las decisiones respecto de los mejores lugares, de los caminos precisos, ¿cómo no equivocarse? ¿tanto error no justifica el vivir frustrado? Es que equivocarse no es malo, perseverar en el error es el problema. Pero, acaso, el que persevera ¿lo hace por simple gusto? Evidentemente no. Pero no es poca la gente que no repara en sus errores, que no revisa sus conductas, y atribuye a factores ajenos a ella las consecuencias de sus actos.

Dónde buscar la esperanza

El desesperanzado, pero que en el fondo de su corazón no renuncia al posible encuentro con la esperanza, puede preguntarse dónde hallarla. Una respuesta, sencilla de decir y nada fácil de practicar, es: *en ese mismo corazón, desbrozando las malezas que la ocultan, hurgando en los rincones que ella ha buscado para cobijarse*. Pero, es muy probable que esta respuesta no le alcance. Debemos detenernos entonces a reflexionar en algunos aspectos que hacen a la mecánica de la búsqueda: ¿con qué mecanismo de nuestra conciencia estamos intentando hacerlo?, ¿qué instrumentos estamos empleando para ello? Jaime Botey nos advierte:

Toda consideración acerca de la esperanza se sitúa en un estadio previo al de toda formulación racional o filosófica, no dependiendo de la ideología ni de la adscripción religiosa. Es un dato, una característica de la persona y sus manifestaciones son estudiadas por la antropología. Antes su consideración pertenecía casi sólo al ámbito religioso, pero hoy se ha convertido en una preocupación general.

Aparecen en estas palabras algunas afirmaciones que nos obligan a pensar en ellas. El pensar la esperanza, es decir, el intento de entender qué cosa es ella, “se sitúa en un estadio previo” a la necesidad de tener una aproximación racional, cualquiera sea ella. En este intento importa poco el ser creyente o ateo, o identificarse con un entramado de ideas más o menos sistemático. Dice que es un dato, equivale a decir que es algo con lo que nos vamos a encontrar, algo que se nos puede presentar sorprendentemente, algo que corresponde a la persona. No debemos dejarnos llevar por la tentación de apelar al discurso psicoanalítico que nos llevaría a perdernos por los intrincados caminos de la conciencia. Aquí la persona, según mi entender, apunta a lo que el mismo autor señala como lo estudiado por la antropología. Creo percibir que podemos enfrentarnos a una nueva tentación: caer en el espacio acotado por el pensamiento científico. Está ubicando el problema en las alturas de la filosofía, es la antropología filosófica el terreno específico para pensar este tema.

Si la esperanza remite a la espera de un tiempo todavía más o menos lejano, y la metáfora espacial expresa muy pobremente lo que no puede ser medido ni por el metro ni por el almanaque, es claro que nos enfrentamos a un tema de carácter metafísico. Qué es eso que nos separa de su cumplimiento y qué es lo que no admite la medida. Además, el transcurrir del tiempo se presenta de modo diferente a la persona ansiosa que a la serena. La interminable tarde del domingo, para algunos, se torna insoportable, mientras que a esa misma persona se le “pasaron volando los días de las vacaciones”. La cronometría no puede dar ninguna explicación de este fenómeno. Debemos buscarlos pues en los pliegues más íntimos de la conciencia psíquica. Esta expresión puede incomodar o molestar, pero pretende ubicar con una definición un poco más precisa un límite imaginario entre lo que deberíamos denominar fenómenos de la conciencia, problema de la filosofía, y fenómenos psíquicos, problema de la psicología.

Entonces la espera no puede disfrutar de las precisiones del tiempo puesto que éstas suponen la cronometría que no acierta con el objeto de sus mediciones, dado que no hay tal objeto. El tiempo de la realización de la esperanza no es un tiempo que se da en el acá y en el ahora, es un tiempo que no encuentra todavía un lugar y el momento de esa realización. No tiene un topos (recordar que la topografía se ocupa de describir los lugares). Lo que no tiene topos es la u-topía. Y aquí nos enfrentamos a una paradoja de la cultura moderna (*para* es lo que se da al mismo tiempo, en un espacio adjunto, como una manifestación de una forma de la incongruencia; y *doxa* es una forma de la verdad que no se atiene a las rigideces de la lógica formal). La paradoja es una forma de la presencia de la verdad que se presenta como contraria a la verdad imperante, como desafiando lo que se tiene por verdad (científica, racional). Esta paradoja consiste en comprender que la modernidad nació impregnada por las más diversas utopías, y fue un signo de su presencia su pretensión de realización. Podríamos mostrar en una expresión posterior, como una culminación de los sueños utópicos, las tres banderas de la Revolución francesa: libertad, igualdad y fraternidad.

Escribí, tiempo atrás, lo siguiente que nos va a ayudar en el camino que hemos emprendido:

«La utopía ha adquirido diversas formas en los últimos tres mil años de la historia de Occidente. No es una novedad de las últimas décadas, ha sido una de las dimensiones estructurantes de la Modernidad

occidental y acompañó su expansión. Tuvo conciencia de su potencia espiritual, de su capacidad de dominio, de su voluntad de conquista y de su superioridad militar, lo que le permitió en dos siglos hacerse dueña del mundo. Su dominio imperial comienza por la expansión española, que luego debe ceder ese lugar al Imperio Británico, para recién en los comienzos del siglo XX, tener que entregarlo en manos de sus hijos de América del Norte. Ese dominio le confirmaba una superioridad que se manifestaba en la acción y en el pensamiento, convirtiéndose la cultura Occidental moderna en sinónimo de cultura, paradigma de la cultura. Esta experiencia de dominio le otorgó una gran seguridad en sí misma, la cual confirmó la certeza en un futuro de grandes realizaciones, de esplendor y de grandeza. La globalización, hoy *perpetrada* por la vía militar para consolidar su dominio económico y financiero, encuentra todos sus antecedentes en la utopía moderna, la utopía del imperio. De hecho, en los inicios América fue matriz de ideas y lugar de puesta en práctica de proyectos utópicos europeos durante los primeros siglos.

Las promesas, que el espíritu burgués encarnaba, se alimentaban de la convicción de detentar una omnipotencia que podía lograrlo todo. Y aunque en sus comienzos la pequeña burguesía que encarnaba esa revolución estuviera inflamada por las ansias de igualdad, pronto pudo comprobarse que esos deseos de igualdad apuntaban a ser iguales a la nobleza. De todos modos asomaron algunas utopías en el siglo XV y XVI que expresaban esos ideales, como los sueños de Tomás Moro (1478-1535) o Tomás Campanella (1568-1639) prologaron la utopía del progreso eterno que prometió luego la Ilustración. Fueron emergentes de una cultura que se presentó como la formulación final de una historia (de triunfos para algunos y penurias para los más). Esta forma de la utopía en la tradición occidental reconoce su expresión originaria en la utopía de la *Tierra prometida* y luego del *reinado de Dios en la tierra* predicada por Jesús de Nazaret. Esta utopía varió en sus formas, se hizo terrenal, se politizó, pero no abandonó su contenido. Los socialismos del siglo XIX fueron continuadores de esa utopía que dio sustento a los proyectos revolucionarios del siglo XX. La instalación de la sociedad prometida establecería las bases de la felicidad humana. Esas utopías del siglo XIX que se podían rastrear todavía en el siglo pasado, seguían alimentando la conciencia de los países ricos, tomando una formulación más científica: el *desarrollo económico*, que prometía una expansión infinita en un tiempo de perpetuo desarrollo. Esta utopía se basaba en la técnica en continuo avance y en una industria que proveería todo lo necesario, sostenida por una ciencia que todo lo resolvería.

Tiempo más tarde, también los Estados Unidos se propusieron como ideal utópico, ofreciendo la posibilidad de seguir el modelo del Welfare State (Estado de bienestar) a escala mundial si se adoptaba el american way of life (modo de vida americano). Esa utopía exigía la *modernización* del Tercer Mundo para poder ser incorporado a ese ideal del bienestar. La maquinaria propagandística de esa utopía fue Hollywood. Este proyecto ofrecido al mundo ocultaba la información siguiente: *la Tierra no soporta la universalización del nivel y de la cantidad de consumo de ese país, porque entra en crisis la sustentabilidad del planeta.*

Para que la clase media y alta norteamericana consuman de ese modo es imprescindible someter a los *condenados de la tierra* a las privaciones. Todos esos sueños colisionaron con el devenir histórico que minó las restantes bases de los proyectos utópicos hegemónicos hasta ese entonces: las dos Guerras Mundiales, los totalitarismos, el Holocausto, dieron lugar a las anti-utopías. Posteriormente la *Crisis del Petróleo* y la *crisis ecológica* también abatieron las esperanzas de un mundo mejor. El llamado de pensadores e investigadores que comenzaban a advertir los límites de ese progreso que se convertía en discutible y problemático, planteó los temas emergentes: *la polución, la destrucción del medio ambiente, la escasez de los recursos de la naturaleza, etc.,»*

Se abrió paso así, el concepto del ajuste y de necesaria racionalidad en el uso de los recursos. Ya en Julio de 1967, Herbert Marcuse al reunirse con sus alumnos en la Sorbona de París para discutir esos temas reflexionaba:

Voy a empezar con una perogrullada: con la afirmación de que actualmente toda forma del mundo vital, toda transformación del entorno técnico y cultural constituye una posibilidad real... Hoy podemos hacer del mundo un infierno y estamos, como ustedes saben, en el mejor camino para conseguirlo... Este fin de la utopía, esto es, la refutación de aquellas ideas y teorías que pudieron servirse de la utopía para exaltar ciertas posibilidades histórico- sociales, puede interpretarse también, en un sentido muy preciso, como fin de la historia. En el sentido –y esto es precisamente lo que hoy quisiera discutir con ustedes- que las nuevas posibilidades de una sociedad humana y de su medio ambiente ya no pueden ser tenidas como simple prolongación dentro del mismo continuo histórico, sino que representan una ruptura con tal continuo histórico...

En los párrafos anteriores aparece el recorrido que hizo el pensamiento utópico, en su versión moderna, y por qué este modo de pensarla y realizarla escondía las condiciones de su fracaso. Ahora bien, el fracaso de la utopía moderna ¿debe ser considerado como el fin de las utopías o sólo como el fin necesario de una forma de la utopía que traicionaba en los hechos lo que prometía en las palabras? El escepticismo que hoy se ha aposentado entre nosotros contiene ambas razones. «La vergüenza de haber sido y el dolor de ya no ser». Esto nos empuja para seguir adelante, debiendo elegir uno de los caminos que presenta esta encrucijada: el que nos lleva a aceptar el fracaso sostenido por una antropología pesimista (el hombre es malo por naturaleza), o el que nos impone hacer una revisión del camino recorrido por la cultura occidental moderna y extraer de allí todas aquellas promesas incumplidas que sólo están postergadas en el tiempo, dado que el hombre puede realizarlas (el hombre es un animal ético y responsable). He aquí el ámbito preciso del análisis de la esperanza: la antropología filosófica, que está en condiciones de pensar la pregunta más antigua: ¿qué es el hombre?

Una respuesta sustentable nos llevaría a extender este trabajo en demasía. Por tal razón me atrevo a remitir a dos trabajos míos que están en la misma página que éste (www.ricardovicentelopez.com.ar): *El hombre originario* y *Reflexiones sobre el mal y la utopía*. Como no creo conveniente repetir lo que ya quedó dicho allí doy por cumplido ese paso y propongo seguir avanzando, por lo que las otras lecturas funcionarán como fundamento de lo que acá se sostenga.

Una parte de la paradoja moderna consistió en una utopía que prometía la construcción de una sociedad más igualitaria, y el humanismo renacentista apuntaba en esa dirección y que, por otra parte, dio pasos hacia la construcción de ese futuro cargado de promesas; y este proyecto se sostenía en la cultura heredera de las tradiciones greco-latinas. Por otra parte, la modernidad que iba asomándose en la cultura germana y anglosajona, fuertemente cargada por la herencia luterana y calvinista, se afirmaba en una visceral desconfianza en el hombre, como animal víctima del desenfreno de sus pasiones instintivas. La dialéctica entre ambas corrientes fueron dando diversas síntesis de ideas que se inclinaban hacia uno u otro lado según el peso mayoritario de una o de la otra. La primera de ellas es expresada por Jaime Botey con estas palabras que no ocultan su cuño de origen judeo-cristiano:

Lo que define con mayor propiedad al ser humano es su ineludible necesidad de felicidad, amor, alegría, paz, belleza, en términos insaciables y de plenitud. Supone la apertura y la aspiración a trascenderse. Se expresa a través del arte, la religión, las grandes obras y epopeyas de la humanidad.

La tradición nórdica se ha apoyado, a partir del siglo XVII en un escepticismo antropológico, que si bien es de origen agustiniano, adquiere fuerza política en el área de la expansión de la Reforma en su versión

calvinista, que se apoya en las profundas y angustiadas dudas del monje Martin Lutero¹ (1483-1546). Las tesis que expresaron el enfrentamiento entre el bien y el mal, otorgándoles a ambos realidad metafísica: por un lado el Buen Dios y por el otro el Mal encarnado (el Diablo, Lucifer, el Maligno, etc.), redujeron la libertad humana a un simple juego de nimiedades, puesto que las decisiones importantes de la conducta humana se decidían en las batallas de las que el hombre era tan sólo el campo en las que se libraban. Hoy todavía pueden oírse estos modos de hablar. El avance de la cultura anglosajona, primero en su versión británica, luego en la norteamericana, incidieron en las tradiciones grecolatinas de nuestras tierras, que pese a sus primeros siglos de presencia del mestizaje indoamericano fueron cediendo ante la presión de la globalización ideológica que portaban los modos de un evangelismo calvinista.

Creo necesario, a esta altura de nuestras reflexiones volver a plantearnos el problema de la dificultad de ser esperanzado. Se podría pensar que los tiempos no ayudan, que las cosas andan mal. Retengamos esto. No caben dudas, volviendo la mirada hacia el pasado, que desde tiempos remotos ya nos encontramos con testimonios de quejas contra los males de la época, y esto puede ser encontrado a lo largo de toda la Historia y en la mayor parte de las culturas. Sin embargo, se podría afirmar también que en todas las épocas ha habido gente esperanzada. Ha habido momentos en los que la cultura naciente prometía bondades que entusiasmaba a muchos, y otros en los que la decadencia y la descomposición de los valores producían desazón.

Creo, entonces, que podemos acordar que, cuando estas experiencias personales se tornan colectivas y se adueñan de una época en la que se presagian tiempos difíciles, con causas fundadas o por modos de vivir la época, como en las décadas del veinte y treinta del siglo pasado en nuestro país, esas experiencias invaden la vida de muchos. Entonces el poeta refleja la vivencia compartida, como lo hace Discepolín al expresar la amargura y la desesperanza del hombre de Buenos Aires. Hay algo de misterioso en ello. Tiempos que muestran un mejor nivel de vida y perspectivas fueron vividos por tanta gente con mucha desesperación. Otros, con mucho menos, despertaron una esperanza inexplicable, mirada de ese modo.

Nosotros hoy, desde hace unas pocas décadas, nos hemos ido acostumbrando a modos de decir como: "mal pero acostumbrado", "hay mala onda...", "bien o te cuento...". Se crea, de ese modo, un clima cultural que invade la conciencia de cada habitante, un talante cultural que produce efectos miméticos, cuya consecuencia se encuentra en cada uno de aquellos que se dejan arrastrar por el fenómeno. Los jóvenes explican esto con una muy afortunada expresión: "mala onda". Es que pareciera ser, realmente, una onda que nos empuja hacia un estado de ánimo, una electricidad del aire, un agobio colectivo. Si buscáramos las razones podríamos encontrarlas: cada uno nos contaría todo lo que le pasa, sin advertir que, en parte, porque lo cuenta de ese modo, se convence de que es así. Debo aclarar que no estoy intentando desconocer las dificultades que existen, y que algunos las padecen más que otros. Sólo pretendo dirigir la mirada hacia esa zona de nuestra conciencia que busca razones, que siempre pueden hallarse, que justifican lo que decimos. Recuerdo un viejo y famoso poema del poeta español Ramón de Campoamor (1817-1901) que dice: «En este mundo traidor, nada es verdad ni es mentira; todo es según del color del cristal con que se mira».

El intento sería, entonces, mirar el color de nuestro cristal. ¿Cabe la posibilidad de colocarle un color de desesperanza? Pareciera que, cuando la corriente arrastra hacia una dirección negativa, decir que uno piensa

¹ Fue un teólogo alemán y fraile católico agustino que comenzó e impulsó la reforma religiosa en Alemania, y en cuyas enseñanzas se inspiró la Reforma Protestante y la doctrina teológica y cultural denominada luteranismo.

que las cosas no están tan mal sería pecar de una ingenuidad supina o de una ceguera infinita. Volvamos a leer al poeta mejicano Amado Nervo (1870-1919) en ese testamento poético que él tituló *En paz*. En él nos presenta un balance de lo vivido:

«Muy cerca de mi ocaso, yo te bendigo, Vida,
porque nunca me diste ni esperanza fallida ni trabajos injustos, ni pena inmerecida;
porque veo al final de mi rudo camino que yo fui el arquitecto de mi propio destino;
que si extraje las mieles o la hiel de las cosas, fue porque en ellas puse hiel o mieles sabrosas:
cuando planté rosales coseché siempre rosas».

Hermosa manera de decirnos lo que estamos intentando comprender. El poeta asume toda su capacidad y toda su posibilidad en la construcción de su propia vida, y se hace cargo, sobre el último trecho de su camino, de la responsabilidad de la hiel o las mieles que obtuvo. Nos hace recordar aquellas palabras de la sabiduría: «Quien siembra vientos cosecha tempestades». ¿Qué no cosecharíamos si sembráramos brisas suaves? ¿Cuánto de nuestro camino depende de las elecciones que hagamos en cada cruce? ¿Cuánto de lo mal o bien que nos va está ya prefigurado en nuestras conductas anteriores?

Estoy presintiendo una queja que me está interpelando con estas palabras: «Si fuera tan fácil, todos seríamos felices». Por ello debo salir inmediatamente al cruce: La primera dificultad que debo mostrar es que un mal planteo entorpece la respuesta que se busca. Examinar la corrección de la pregunta facilita el encuentro con la respuesta adecuada. En este caso, no se trata de si es fácil o difícil intentar vivir esperanzado. Se trata de preguntarse si es posible o imposible. Luego de haber podido descartar la imposibilidad, porque muchos ejemplos nos muestran con sus vidas que es posible, podemos avanzar por el camino de esa búsqueda. Preguntarse ¿qué me impide vivir mejor? ¿cuáles son los obstáculos que se interponen?, pero, también ¿qué es vivir mejor? De esos obstáculos ¿cuántos pueden ser superados por mí y cuántos requieren el concurso de otros que me ayuden? Equivale a decir, la reflexión detenida, meditada, *rumiada*, como dice el monje benedictino y escritor argentino, Mamerto Menapace, puede insumir mucho tiempo, pero debe otorgársele todo el que sea necesario para llegar a buen puerto. Volviendo a recordar, la vieja sabiduría del Eclesiastes que nos advierte que: «hay un tiempo para sembrar y un tiempo para cosechar».

Ese tiempo no es el del reloj digital, como ya vimos, que nos enfrenta con la vertiginosidad electrónica. Es el tiempo de la germinación de la semilla, el de la maduración del fruto, el tiempo de la vida. Pero, no podemos ignorar que se intenta someternos a un tiempo que se mide por la utilidad: «el tiempo es dinero» dijo el político, científico e inventor estadounidense, Benjamín Franklin (1706-1790). Ese tiempo utilitario que no se puede perder. ¿Cuántas veces decimos «no tengo tiempo para perder»? ¿Qué significa perder el tiempo? ¿No habrá en ese perder tiempo algún modo que se nos oculta por el cual se gana ese tiempo? Pero, ¿qué significa ganar o perder, cuándo se gana tiempo y cuándo se lo pierde? Cuantas expresiones cuyos significados no son meditados por nosotros y que, por ello mismo, conducen nuestros pensamientos por senderos nebulosos y tortuosos. Cuando no somos dueños de las palabras que utilizamos, cuando sus significados no están claro para nosotros, corremos el riesgo de engañarnos con nuestros razonamientos. La palabra habla con nosotros cuando ella es dócil, cuando es amiga. Puede convertirse en dificultad cuando ella habla por nosotros impidiendo el logro de la claridad que buscamos, cuando ella dice lo que ignoramos, sobre todo en tiempos de pesimismo cultivado.

Cuando pronunciamos una palabra ella vuela hacia los otros y allí produce significaciones. Éstas pueden comunicar o incomunicar: Muchas veces nos encontramos diciendo: «yo no quise decir eso». Cuando la palabra obstaculiza la comunicación me separa de los otros, me encierra en mí mismo, y allí no es fácil encontrar la verdad. Entonces, cuando no tengo «tiempo que perder», cuando «me comunico mal», cuando «no estoy dispuesto a escuchar al otro», me encierro en mí, construyo muros que me separan de mi prójimo, me quedo solo y padezco mi soledad. Entonces me digo que la gente es mala, que no me valora, que me abandona, que no se puede confiar en ella. Me convierto en víctima de mi propia conducta. Es cierto que, cuando las cosas no salen bien no soy ni necesaria ni totalmente culpable de todo lo que me pasa. Pero detenernos a pensar en si «puse hiel o miel en las cosas» puede aclararnos gran parte del problema. Cuánta hiel puse o pusieron, cuánta miel puse o pusieron. Son pequeñas cosas cotidianas que pueden ayudar a nuestra mirada, que pueden hacernos ver «el color del cristal» con que miramos.

La esperanza no se alimenta de la comprobación de que el futuro le demuestre su veracidad, su posibilidad. Por el contrario, es la conciencia esperanzada la que encuentra sus razones y éstas están en el modo de vivir el presente. Se trata, entonces, de prepararse para encontrar razones presentes que sostengan la espera, aún contra todo pronóstico negativo. Algunas de las cosas que quedaron dichas antes deberían venir en nuestra ayuda aquí. Mirar el futuro y esperar encontrar allí la confirmación que nos permita un esperar esperanzado es no atreverse a arriesgar un cambio. Porque si esa esperanza no está en nuestro hoy, no estará en ese futuro. O al encontrarnos con esa realización no la podremos contar como obra propia, no nos prestará mayor ayuda para nuestro tema.

Si no encontramos esa confirmación, entonces, la esperanza es imposible porque consolida el pesimismo. ¿No deberíamos preguntarnos cómo estamos mirando? El futuro es una prolongación del presente, seremos, en parte lo que ya somos. Si nos negamos al cambio, salvo certeza de lograr algo mejor, invertimos los términos de la ecuación. Si no encontramos certezas futuras no estamos dispuestos a cambiar, luego no podremos encontrar la esperanza. Porque la esperanza es el *color del cristal* que nos permite ver las muchas posibilidades de mejorar que encierra todo futuro. Debemos tomar conciencia de que el futuro se construye sobre este hoy, y este hoy está construido sobre nuestro pasado. Así como, en parte, lo que somos seremos, así también lo que somos es lo que fuimos. Revisar nuestro pasado es otra forma de prepararnos para encontrar un futuro mejor.

En un cuento de Mamerto Menapace aparece la relación entre la buena y mala suerte. Va contando lo que le pasa a un paisano que, ante cada circunstancia de su vida, dice: «mala suerte, buena suerte... quien sabe...», y el tiempo siguiente demuestra que lo que creía que era para bien lo coloca ante una mala sorpresa y que, por el contrario, lo que le parecía malo le abre una hermosa posibilidad. Eso es parte de la sabiduría de vida, buscar siempre aquel aspecto de lo que se va viviendo que encierra una posibilidad de avanzar hacia lo que nos proponemos. La esperanza está en nuestra mirada, y porque la ponemos la encontramos.

La esperanza no es una disposición del alma sencilla de mantener dentro de esta sociedad. Más arriba hemos analizado esto. Por ello, no debemos ignorar la dificultad que se nos presenta en la vida cotidiana. Cuando digo vida cotidiana estoy haciendo referencia a la de tantos hombres y mujeres que habitamos las ciudades. La dificultad de la que hablo es la que produce en nuestros estados de ánimo un modo de acostumbrarnos a las imposiciones de la vida moderna. Digo nuestro estado de ánimo, pero éste termina por convertirse en un tono espiritual, en un talante, en una predisposición del alma que colorea toda nuestra visión del mundo que nos rodea y que se presenta como un “espíritu de época”.

Tal vez, si nos detenemos a mirar el panorama de las grandes urbes, podemos tomar conciencia de un aspecto de nuestra vida que se fue modificando lentamente, pero que, por esa misma razón, no hemos podido percibir con claridad qué nos estaba pasando. Ese proceso, y sus resultados, pueden apreciarse en su punto más alto, como decía, en las grandes urbes, porque una vez detectado estamos en condiciones de observarlo en nuestras más pequeñas ciudades. La razón es que, por contaminación, ha comenzado desde hace un tiempo a instalarse entre nosotros. No ignorar, decía al comenzar, equivale a decir hacerse cargo de lo que nos está pasando, enfrentarlo, preguntarnos por qué nos sucede a nosotros. Hablo de esa dificultad, una de las tantas que se interpone entre nosotros y la esperanza.

En los manuales de psicología social, con los que yo estudié, analizando el tema de los estados de ánimos colectivos, como fenómeno de masas, que escapan a la voluntad individual si no se toma debida nota de lo que sucede, se ponía como ejemplo un cuento que grafica cómo funcionan ciertos fenómenos sociales:

Un perro le dice a otro al oído que viene la perrera, ambos comienzan a correr. Se le van sumando otros que son contagiados por la carrera de estos dos, y por el sentimiento de miedo que se desprende del modo de correr. Así se van sumando otros perros que corren junto a los primeros. Un gato que los ve pasar, invadido por ese mismo miedo se pone a correr también. El gato ya un poco cansado, por seguir la velocidad de los perros, le pregunta a un perro “¿por qué corres?” y éste le contesta “que no sabe, pero que todos corren”. Repite esa pregunta a varios y todos le contestan lo mismo. Hasta que alcanza a los primeros. Éstos le contestan “porque viene la perrera”. Entonces el gato se detiene y se dice “por qué corro si yo soy gato”.

La simplicidad del cuento, muy típica de esos análisis de la psicología social estadounidense, nos puede servir para pensar cuántas cosas hacemos o pensamos por ese fenómeno de contagio. Repetimos conductas, actitudes, estados de ánimo, y al dejarnos invadir por la imitación compartimos consecuencias de fenómenos que no debieran afectarnos. O, por lo menos, que en nuestra vida cotidiana no debieran producirse. Esto puede observarse en lo que podríamos denominar «el mal humor colectivo». Vemos a nuestro alrededor rostros que expresan ese estado de ánimo. Si preguntáramos las razones de esas expresiones nos encontraríamos con explicaciones más o menos atendibles. Sin embargo, analizando más en detalle, muchas de esas explicaciones no alcanzan a dar razón de tal mal humor. Por el contrario, mucho de ese mal humor es el resultado del mal humor de los otros y nosotros lo reproducimos. Con lo cual nos convertimos, por nuestro mal humor en la causa del mal humor de los otros. Un verdadero círculo vicioso.

¿No seremos gatos corriendo junto a los perros? Si así fuera ¿no sería más sensato dejar de correr por ser gatos? Y, tal vez, si dejáramos de correr ¿no podríamos contagiar una mayor tranquilidad, serenidad, y la pérdida de un sentimiento que no sabemos por qué lo tenemos? Apunto acá, y es tema que trato con más detalle en otros trabajos², la influencia de los medios de comunicación en la creación de estados de ánimos colectivos.

Puede ser que, en una primera aproximación esto suene demasiado pueril. Pero, no deberíamos desechar sin más estas reflexiones. Porque hay fenómenos sociales, que inciden sobre el alma colectiva, que se dan en las grandes urbes y que contagian. Veamos los efectos de la globalización. La corresponsal de la agencia Efe, Junko Takahashi, informaba que en la ciudad de Tokio, Japón, había aparecido una nueva profesión: «el escuchador». Puede parecer, a primera vista una simple anécdota, pero sugiero que se preste mucha atención.

A pesar del bullicio de los 30 millones de personas que se arremolinan en el área metropolitana de Tokio, la soledad del tokiota va en aumento y ha hecho surgir una nueva profesión, la de “escuchador”, alguien sin una cualificación académica específica dispuesto a oír lo que otro tiene para

² Pueden consultarse los siguientes trabajos: *Sociedad, política y medios I y II*, y *La democracia ante los medios de comunicación*, publicado en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2

decir. Cada día son más las personas que se detienen en las esquinas en las que suelen sentarse los "escuchadores" para abrirles su corazón y contarles esos problemas que oprimen el pecho y son difíciles de relatar a conocidos. "Te escucho", reza el cartel que muestra Van Damme Hirakata, en la plaza del barrio tokiota de Shibuya, ante el ir y venir de centenares de jóvenes, procedentes de la estación de metro.

Esta información nos está advirtiendo, en principio, dos cosas: una, que hay gente necesitada de hablar de lo que le pasa y no tiene con quien hacerlo; dos, que no se encuentra, por lo general, personas dispuestas a escuchar como un servicio a la necesidad del otro. La sociedad tradicional recurría al confesionario, pero la vida moderna, y tal vez con algo de razón, no mira con mucha confianza ese procedimiento. El confesionario fue suplantado por el consultorio psicológico o psiquiátrico, pero los prejuicios, lo económico o la actitud terapéutica distante del profesional, u otras razones no han cubierto totalmente el vacío dejado. ¿Estamos muy lejos de lo que parece estar sucediendo en Japón? Sigamos leyendo la noticia.

A sus 29 años de edad, Hirakata no se gana la vida con este tipo de trabajo, que él mismo ha bautizado como "escuchador" y que hace gratis, lo que le ha permitido poner sus oídos a disposición de más de 12.000 personas, a un ritmo de cien por semana. Hirakata es en realidad un profesor particular que quiso alcanzar el éxito como actor cómico, algo a lo que tuvo que renunciar al ser despedido de una compañía de teatro. Pero gracias a ese trabajo de actor Hirakata decidió un día su nueva profesión: hace ya tres años, al mirar al auditorio desde el escenario, se dio cuenta de que muchos espectadores parecían preferir ser escuchados a oír sus ocurrencias. Según él, hombres de negocio, pequeños empresarios, profesores, pastores, monjes budistas y hasta psicólogas, han venido a hablar con él de distintos temas, a pesar de no poseer ninguna certificación académica que le acredite como psicólogo o sociólogo. "No soy psicólogo profesional, pero precisamente por eso creo que hay algunas cosas que una persona como yo, con conocimientos medios, puede hacer mejor".

El corresponsal Takahashi, entrevistó a la socióloga Yuko Kawanishi, quien le comentó:

Este fenómeno muestra que la comunicación entre las personas, incluso en el núcleo familiar y en el trabajo, se ha debilitado. Además en la sociedad actual, que económica y psicológicamente presiona a la gente, cada individuo lleva una vida acelerada, y eso no deja la suficiente energía ni el tiempo para escuchar al prójimo.

¿No debiera hacernos pensar en lo que les está sucediendo a los japoneses? ¿estamos muy lejos de eso como para desentendernos de lo que nos pone ante los ojos una simple noticia periodística? ¿no vemos, entre nosotros, rostros tristes con la mirada perdida? ¿no percibimos la necesidad de ser escuchados que tienen muchas personas que vemos por la calle? ¿qué tienen o qué tenemos? Hay otro aspecto de la noticia que creo merece ser pensado. El corresponsal comenta que algo que hace más atractivo el sentarse a hablar con "el escuchador" es el anonimato, es decir el hecho de que quien "escucha" no conoce a la persona que habla, lo cual permite contar sin sentir vergüenza ni molestia alguna. La nota la cierra con un comentario del "escuchador": «Una vez, un hombre mayor vino y me dijo que lo más fácil de la vida es envidiar a los otros y lo más difícil es acostumbrarse a la soledad. Creo que ahora todos luchan contra lo más difícil de la vida».

Me movió a hacer este comentario la sensación que me quedó de que no estaba leyendo algo que le sucede a una cultura muy lejana y diferente a la nuestra. Sino que, por el contrario, hablaba de cosas y personas que tenemos muy cerca, de lo que nos está pasando también a nosotros. Se puede observar acá algunas de las consecuencias de la globalización. ¿Qué es lo que hace que un extraño sea para nosotros

alguien más confiable para contarle nuestros problemas? ¿Por qué están tan lejos de nosotros nuestras personas más cercanas? ¡Vaya paradoja! ¿Cómo tener esperanzas en un mundo mejor cuando cada uno de nosotros se coloca tan lejos de nuestros semejantes?

La sabiduría popular se nutre de las experiencias de la vida cotidiana, expresa lo que el sentir del común de la gente enseña. Por ello, muchas veces, sus sentencias contienen un dejo de amargura que debemos aceptar como lo que son, el sentimiento de los que sufren frustraciones y padecimientos, porque de allí también se pueden extraer enseñanzas. Por ello encontramos, más de una vez, contradicciones entre refranes. Hay uno en particular que es de especial interés para nuestras reflexiones, el refrán que reza «el que espera desespera». Si nos subordinamos a las expresiones de la sabiduría popular, riquísima en saberes profundos, sin un discernimiento apropiado, corremos el riesgo de aceptar como verdad incontrovertible lo que no es más que la verdad de una experiencia en un determinado contexto. No por ello menos válida en lo que contiene, pero que no por ello debe ser universalizada.

Analícemos un poco este refrán: el que espera, ¿quién es y qué es lo que espera? No deja de ser cierto que la espera se puede hacer muy larga y decepcionarnos, desanimarnos para seguir en ella. El problema debe llevarnos a pensar sobre la esperanza del que espera, tema que ya hemos analizado en parte. ¿Por qué desespera el que espera? Aquí las respuestas pueden ser muchas. Pero debiéramos detenernos en el contenido de esa esperanza y en otro tema, que ya también hemos tratado, los tiempos del cumplimiento de esa esperanza. Desespera aquel que confunde los tiempos de las realizaciones, el ansioso, el que necesita que todo se produzca ya. La ansiedad es una muy mala medida del tiempo. La espera de la esperanza debe ser adecuada al contenido de ésta. No debemos confundir los tiempos posibles de las realizaciones, porque entonces toda espera se convertirá siempre en demasiado larga. Puede sucedernos que la ansiedad convierta todo tiempo en una espera prolongada, cuando no es más que el necesario para lograr lo propuesto.

Por otra parte, es muy importante comprender que todos los seres humanos tenemos tiempos interiores diferentes, por la razón de ser únicos e irrepetibles y única es nuestra vida personal. Estos tiempos no pueden ser comparados unos con otros. Cuando se dice que hay personas que maduran más rápido es necesario tratar de ver si ha madurado en realidad, o si ha quemado etapas en pos de una meta, y que en el más largo plazo se frustrará. ¿Cuántos niños prodigio produjeron después adultos fracasados?, debiéramos pensar que, tal vez, el apresuramiento a que dio lugar el deslumbramiento de su precocidad quemó sus mejores posibilidades. Entonces ¿qué significa esperar el tiempo necesario? ¿cuál es ese tiempo? ¿cuál es su medida? Cada uno es la medida de su propio tiempo, porque cada uno debe ir poniéndose las metas y fijar los tiempos necesarios, que no son equiparables.

Es que la profundidad de la reflexión meditativa exige tiempos mayores, requieren procesos de pensamientos que Mamerto Menapace llama "la rumia". Esta metáfora es muy sabia, nos remite a pensar en ese procedimiento animal de masticar, tragar, para volver a masticar, etc., hasta que ya no quede nada para masticar, encontrándonos, así con el resultado de lo mejor del objetivo propuesto. El brillante, seducido por su brillantez, hace gala de su rapidez pero puede pecar de superficial en su pensamiento. Un verso de una canción de Alberto Cortés dice: «La luz que encandila no es la que más alumbra». La sabiduría del Eclesiastés nos vuelve a enseñar que hay «un tiempo para nacer y un tiempo para morir». Los ritmos de la naturaleza deben convertirse en un claro aprendizaje. De nada vale apresurar los tiempos de la maduración, es probable que se pudra el fruto o se lo arranque verde, en ambos casos nos perdemos su mejor sabor. La palabra "sabor" tiene el mismo origen etimológico que "saber", por ello los españoles dicen que tal alimento

«les sabe a...». El sabor del saber y el saber del sabor requieren los tiempos de sazón para obtener lo mejor de ellos. Es así que contra el refrán citado aparece este otro que dice «no me apures si me quieres sacar bueno», con lo que se afirma que debemos tener un respeto por el tiempo de esas maduraciones.

La razón de la esperanza

Una muy vieja fórmula de la sabiduría reza: «Ya sí, pero todavía no». Pareciera una contradicción de su enunciado. Si "ya sí" quiere decir que ya está, que se ha realizado aquello que esperamos, que finalmente se ha conseguido lo propuesto, entonces, cómo aceptar el "todavía no" que le sigue, dado que estaría advirtiéndonos que falta algún tiempo para su realización o su obtención. La dificultad para meditar esta fórmula radica en nuestra manera de pensar, educada por siglos de racionalismo, equivale a decir, en la cultura moderna. No quiero decir que la racionalidad deba ser rechazada o desvalorizada, por el contrario, es un atributo humano que nos separa del resto de la creación. Hago referencia a una forma de la razón que, apoyada en estructuras lógicas propias de las ciencias naturales, se desentendió de otras formas de la razón, aquellas que permiten pensar lo *específicamente humano*. Una Razón más abarcadora, más flexible más comprensiva.

Aunque el tema muestra sus espinas, permítanme avanzar un poco sobre él. Recordemos acá la afirmación, un tanto extraña del filósofo francés Blas Pascal (1623-1662), contemporáneo del filósofo, también francés fundador del racionalismo, Renato Descartes (1596-1650). Pascal dijo: «Hay razones que la razón no entiende, las razones del corazón». Aparece en esta sentencia lo que pareciera también una contradicción: si son razones ¿cómo es que no pueden ser entendidas por la Razón? Pascal diferencia dos tipos de razón a los que llama *espíritu de finura* y *espíritu geométrico*. Leámoslo atentamente y después reflexionemos sobre lo que nos dice:

Los que están acostumbrados a juzgar según el sentimiento no entienden una palabra de las cosas de razonamiento, porque quieren penetrar primeramente con un solo golpe de vista y no están habituados a inquirir los principios. Y los otros, los que por el contrario están acostumbrados a razonar por principios, no entienden una palabra de las cosas de sentimiento, pues inquieran en ellas sus principios y son incapaces de ver de una sola mirada.

Tenemos así a aquellos que acostumbrados a juzgar según el sentimiento, es decir, según la afinidad con lo más profundo de lo humano, les cuesta pensar según la rígida lógica, porque ellos son más proclives a comprender que a explicar. Por otra parte, están aquellos que, más apegados a las formas del pensamiento científico, requieren una explicación basada en principios lógicos y matemáticos, por ello menosprecian la falta de precisión y exactitud de los que piensan llevados por sus sentimientos. Entonces, respecto a estos dos tipos de personas continúa Pascal:

Lo que hace que ciertos espíritus finos no sean matemáticos es que no pueden en manera alguna volverse hacia los principios de la geometría. Y lo que hace que los matemáticos no sean finos es que no ven lo que tienen delante, y que acostumbrados a los principios perfilados y globales de la geometría, y a no razonar sino después de haber visto bien y aplicado sus principios, se pierden en las cosas de la finura, en que los principios no se dejan aplicar de esta suerte... Es preciso ver súbitamente la cosa de un solo golpe de vista, y no con un razonamiento progresivo, por lo menos en una cierta medida.

El sentimiento, en el lenguaje de Pascal, está relacionado con el corazón, al que le atribuye la capacidad de entrar en relaciones dinámico-personales con los otros, es el órgano adecuado por el cual el hombre tiene sentido de la totalidad. Por el contrario, la razón matemática es aguda en la detección del detalle y minuciosa en el análisis de las causas, pero incapaz de pensar y aprehender la totalidad. Ahora podemos repasar lo que quedó dicho. Hay dos modos de relacionarnos con nuestros semejantes: podemos pensarlos según el frío cálculo matemático, exigiéndoles en sus conductas una lógica precisa, o podemos comprenderlos en sus modos de ser aceptando la infinita gama de particularidades y peculiaridades que nos ofrecen los temas humanos. Éstos son esquivos a la precisión y no se subordinan a una racionalidad rigurosa. Tener espíritu de finura significa tener la disposición a escuchar y sorprenderse, porque el otro es siempre distinto de mí. Por ello podemos aceptar que su modo de ser humano no se somete a la lógica que le exige el espíritu matemático, que la considera la única válida.

«Las razones que la razón no entiende» son las razones de la finura que no pueden ser aceptadas por la razón matemática, para seguir con el modo de expresarse de Pascal. Si podemos entender esta diferenciación, cabe ahora preguntarnos ¿Qué relación hay, entonces, con el «ya sí, pero todavía no» que antes apareció mencionado? La respuesta es que es necesario prepararnos a ser miembros del club de los portadores del espíritu de finura, para avanzar en estas consideraciones. Habiendo comprendido que la lógica del pensamiento matemático exige precisiones que los temas humanos no están en condiciones de brindar, *salvo aceptar la rigidez estrecha que angosta lo humano a su medida*. Debemos prepararnos para pensar desde una lógica humanística que no se escandalice ante las aparentes contradicciones de la finura, porque ahora pueden ser aceptadas como diversos modos de la existencia, antes desechados por la linealidad del espíritu matemático.

Ubicados, ahora, dentro de la Razón humanística, habiendo dado cabida a esta Razón más comprensiva, todas las razones pueden encontrar cabida dentro de ella. Podemos experimentar que la Razón se amplía, se profundiza, se hace más densa, más sabia, es decir, se abre a la finura. Desde ella es posible pensar las aparentes contradicciones, que no son otra cosa que la expresión de la infinita variabilidad de lo humano. Podemos recordar acá que para los europeos de los siglos XVII y XVIII el tiempo dejado atrás correspondía a la que ellos llamaron la sociedad tradicional. Ésta estaba inmersa en una cultura que pensaba según los sentimientos, por lo que era el modo cotidiano hacerlo así. Luego, en lo que denominaron la cultura moderna, la Razón se volvió más exigente en cuanto a la precisión y la exactitud, pero fue perdiendo en hondura. Los sentimientos dejaron paso al espíritu matemático. Se podría decir, el Descartes geómetra desplazó a Pascal filósofo y poeta, en esta cultura. Por ello nosotros debemos reconocernos, en gran parte, herederos del racionalismo de Descartes.

Este racionalismo adquirió solidez académica de la mano del matemático y astrónomo italiano Galileo Galilei (1564-1642), fundador de la ciencia moderna. A partir de allí la demostración empírica pasó a ser el fundamento del conocimiento, y el sustento de lo que podía ser aceptado como *la verdad*. Estas vueltas que estoy dando tienen como objetivo poder discernir cómo está estructurada nuestra racionalidad, como hijos de la cultura moderna. En ella las cosas son de un modo o de otro pero no se pueden aceptar ambigüedades, ni simultaneidades. Pero, cuando nos detenemos a pensar en las conductas humanas tomamos conciencia de que ellas no siempre se atienen a la lógica, por lo menos a esa lógica. Nuestras propias conductas nos muestran lo contradictorios que parecemos ser. Allí quedan expuestos los límites que la racionalidad moderna tiene para pensar los temas del hombre. Una vez más, ha sido el genio del médico, filósofo y

neurólogo austriaco, creador del psicoanálisis, Sigmund Freud (1856-1939) quien puso esto en claro, al descubrir que el alma humana «tiene razones que la razón no entiende». La «razones del corazón» toman la palabra más de una vez en nuestras vidas. Sin embargo, todavía hoy, estas razones siguen siendo desvalorizadas por la fuerte presencia del racionalismo.

Demos ahora un paso más. A la Razón moderna, que Pascal llama matemática, le corresponde una manera de pensar el tiempo, tiempo de nuestras vidas, de nuestra historia. El tiempo que esta Razón aprecia, se vive y se mide por el reloj o el calendario, es un tiempo lineal, que tiene un presente que reconoce un pasado y que puede pensar un futuro, se desenvuelve en una sola dimensión, siempre con la misma métrica. Sin embargo, si nos volvemos sobre la profundidad de la conciencia humana podemos encontrar en ella la superposición de diferentes tiempos. Podemos descubrir que los hombres viven en tiempos que pueden ser simultáneos aun sin ser contemporáneos. Les ruego un poco de paciencia para poder comprender esto. Simultáneo significa que sucede al mismo tiempo, lo contemporáneo hace referencia a que pertenecen a épocas similares. Veamos un ejemplo: si nos ponemos a hablar con un campesino del norte nos damos cuenta que él piensa y actúa según los tiempos de los ritmos de la naturaleza, por ello entiende según ese tiempo muy distinto a los tiempos y a los ritmos de nuestra ciudad. Estamos hablando en un tiempo cronológico simultáneo, pero pertenecemos a tiempos culturales y espirituales que, a pesar de ser contemporáneos, se reconocen en dimensiones diferentes del tiempo, él pertenece a la cultura tradicional y nosotros pertenecemos a la cultura moderna.

Esta posibilidad de comprender la existencia de tiempos superpuestos, simultáneos, pero que pueden corresponder a diferentes modalidades del tiempo, nos abre hacia la idea de la existencia de tiempos que vivimos en nuestro presente. En ellos se van desarrollando dimensiones de nuestra conciencia en las que se encuentran los «ya sí», porque se han dado las condiciones para que se produzcan los cambios deseados, pero que «todavía no» han comenzado a desarrollarse o no lo han hecho en su totalidad. Comprender esto nos permite desplegar nuestro pensamiento hacia el futuro, habiéndonos hecho cargo de que, en nuestro presente, se han estructurado situaciones que posibilitan proyectar acciones hacia un futuro que, por ello, puede estar preparado a aceptar la posibilidad de su presencia. Algo similar se puede decir del hoy respecto del pasado.

Entonces, el «ya sí, pero todavía no» es la fórmula que abre nuestra conciencia hacia el futuro esperanzador. Tomamos debida nota de que en este hoy se presentan las condiciones propicias para el logro de lo que nos proponemos, porque hemos trabajado nuestro espíritu de finura para percibir las, «ya sí», pero requiere de la decisión y la voluntad de nuestro empeño para realizarlas en ese «todavía no». Creo que queda claro que las condiciones del «ya sí» dependen, en gran medida, de nuestro espíritu de comprensión de la realidad en la que nos encontramos, porque sin él no estamos habilitados para percibir que están. Si con la exigencia de la lógica de los principios matemáticos pretendemos ver lo que sólo la finura percibe, quedamos ciegos. El «ya sí» se oculta y la desesperanza se adueña de nosotros. El futuro para el hombre esperanzado está presente en este hoy en el «ya sí» de las posibilidades, que pueden ser percibidas con la finura, con el sentimiento de confianza en nuestras fuerzas, iluminado por la certeza que se le abre en el «todavía no» pero abierto a lo posible. No es el futuro el que otorga la esperanza, es la esperanza la que promete lo deseable en el futuro.

La construcción de la esperanza

El hombre de hoy, repitiendo una duda milenaria, se pregunta «qué somos y hacia dónde vamos, con quién y porqué, donde está el horizonte». Es que desde ese horizonte podemos encontrar el sentido de este presente. Sigamos a Botey:

La esperanza sólo es plena si el deseo que la fundamenta está “orientado hacia” ese horizonte, sólo éste puede orientarnos a elegir entre los múltiples caminos que se nos presentan. Si no hay orientación, si en cada encrucijada todo es posible y cualquier elección da lo mismo, si no hay valores que fundamenten las mejores alternativas, si todo es banal y cualquier camino es efímero, si hay libertad sin contenido, en lugar de esperanza hay vacío y perplejidad. La esperanza es un tipo de sentimiento que pretende abarcar todo y por ello nada la satisface plenamente, la plenitud nunca será completamente alcanzada, nunca se llega a tocar el horizonte, pero ya nos dijo Mario Benedetti que “el horizonte sirve para caminar”.

La esperanza se proyecta hacia el espacio del «todavía no».

Cualquier realización humana será siempre precaria, pobre, susceptible de desaparecer, experimentando la fragilidad de lo alcanzado, dándose simultáneamente el deseo de tener y el miedo a perder, la fortaleza y la contingencia, la necesidad de concreción y el temor a que desaparezca, la ausencia y presencia, la esperanza y la angustia, lo dulce y lo amargo, el deseo y la nostalgia.

Si la esperanza se realizara plenamente estaríamos ante la muerte, puesto que ya nada sería esperable. La desesperación, la pérdida de la esperanza tiene muchas similitudes con la muerte espiritual.

El futuro contiene lo temido y lo esperado pero si sólo damos rienda suelta a lo temido, tenemos miedo a la esperanza. Su carácter itinerante y la conciencia de la precariedad dan a la esperanza una peculiar aptitud para acompañar al género humano en su caminar. Entender la vida como un peregrinaje está en todas las narraciones antiguas, es un caminar hacia un destino posible, hacia una “tierra prometida”.

Se trata de un acompañamiento humilde, alimentando las expectativas para evitar tanto la flaqueza de sentirse derrotados ante el primer traspie, como apuntar hacia un horizonte de lo imposible. Ese caminar puede llevar a alcanzar la meta en un presente. Pero debemos reparar que otras veces las metas fueron alcanzadas por las generaciones que continuaron esa marcha. La historia nos habla de los legados de conquistas a las que accedió la humanidad que fueron el resultado de luchas anteriores. Dice Botey que: «Si Espartaco y los miles de esclavos que fueron crucificados con él 70 años antes de Jesucristo no hubieran existido quizá estaríamos todavía en la esclavitud». Aquellas muertes posibilitaron nuevas libertades.

Para la tradición judeo-cristiana la *Promesa de una Tierra de esperanzas* ha funcionado siempre como el horizonte comunitario que alentó el caminar. La travesía del desierto es una figura que sintetiza los padeceres del esfuerzo para obtener la alegría de la llegada. Sigue Botey:

La fuerza motora de esta historia es la Promesa. Dios va abriendo nuevos horizontes, se va explicando a sí mismo, anuncia quién es y revela su nombre. Su relación con el pueblo se formalizará mediante una especie de pacto: “Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo”. Para el pueblo el pacto incluye dos obligaciones fundamentales: no adorar a otro Dios y amar al prójimo. “Amarás al prójimo”, es decir, te esforzarás en hacer un mundo mejor, en crear el Reino aquí en la tierra.

Sin embargo la historia de Israel y toda historia humana es la historia de las infidelidades de los hombres. Se pretendió que la Promesa se cumpliera sin hacer honor a las condiciones establecidas:

La idolatría y el dinero, el “doble pecado de Israel”, permanentemente denunciados por los profetas, son falsas esperanzas, espejismos que impiden la visión de futuro.

Empuja a pensar ¡qué poco han cambiado algunas cosas! Si recordáramos la vieja verdad: «Nadie puede realizarse en una comunidad que no se realiza» descubriríamos que la esperanza de un mañana mejor sólo puede materializarse en la tarea conjunta y mancomunada de todos. Los «cantos de sirena» de futuros individuales nos han traído hasta este penoso presente. Para que algunos creyeran haber alcanzado la meta a través del dinero debieron ocultar que su acumulación se realizó sobre las espaldas y el dolor de muchos. Viejo pecado como vimos. En la vieja Palestina fueron los Profetas los que denunciaron el rompimiento del Pacto fundante: «Amaos los unos a los otros», por ello en sus acusaciones decían «Acuérdate Israel que tú también fuiste esclava» para no hacer a los otros lo que tanto había dolido en la propia piel. De allí que:

Acción profética y acción política estarán siempre en conflicto, pero deberían alimentarse mutuamente, superando las exclusiones que normalmente se dan. La política sin profetismo corre el riesgo de ser inmediatez, pactismo, pérdida del horizonte, pero la acción profética para no ser etérea debe estar presente en los movimientos políticos y religiosos, concretarse en acciones de transformación.

La esperanza y la política para el cambio social

La esperanza, de la que hemos venido hablando y pensando hasta aquí, requiere ser tratada desde una óptica diferente. Si bien ya hemos dicho algunas cosas al respecto, vamos ahora a abordarla desde la posibilidad del cambio social. Es decir, desde una mirada que intente preguntarse por las posibilidades históricas de su realización. El deseo de una sociedad más justa lo damos por cierto y compartido por la mayoría de todos nosotros. Pero, el deseo es necesario pero no alcanza para que la esperanza encuentre una base sólida sobre la cual sostenerse. Esa base se mostrará como tal en la medida en que podamos comenzar a vislumbrar caminos posibles y concretos que nos conduzcan hacia esa sociedad deseada.

Quedó dicho también que la esperanza más fácil y cercana es la que piensa desde las realizaciones personales, pero que ésta adquiere un carácter más problemático en la medida que ensancha sus pretensiones y pretende abarcar al conjunto de la sociedad. Es aquí donde aparece la necesidad de poder pensar en cambios que modifiquen las estructuras que producen los mecanismos perversos en los que nos encontramos metidos. Pensar estos mecanismos requiere de un tipo de reflexión de otra característica. Se necesita avanzar en la comprensión de cómo funcionan y para ello debemos recurrir al aporte de las ciencias sociales, para la recolección de datos que ayuden a nuestro diagnóstico. Éstos podrán informarnos y mostrarnos sus análisis de estos mecanismos, pero no podrán indicarnos cómo se construye aquella sociedad deseada.

Esa ha sido la conclusión de la Iglesia cuando cambió su manera de plantear los caminos de salida de una situación social muy dolorosa, como fue la condición de los trabajadores en la segunda mitad del siglo XIX. Es mérito del papa León XIII haber dado este paso con la publicación de su encíclica *Rerum Novarum* de 1891, que puede ser considerada como el comienzo de la Doctrina Social. En ella, por primera vez se abandona el tono exclusivamente moral que había caracterizado el tratamiento de lo que se llamó, a partir de allí, la "cuestión social". Se aborda el análisis del estado social conflictivo desde la óptica del duro enfrentamiento entre el trabajo y el capital. Ve la necesidad de una salida concertada y propone la apertura de un diálogo que se abra a la escucha del otro y sus necesidades, para de allí acordar pasos necesarios y posibles hacia un mundo más equitativo. La iglesia, hasta entonces, no había tomado conciencia cierta de los cambios producidos en Europa por el avance de una cultura urbano-industrial. Estos cambios habían dado

lugar a modos nuevos de relaciones sociales basadas, sobre todo, en el avance del capital sobre el trabajo y el avasallamiento de los derechos de los trabajadores.

Esa Europa que seguía hablando en nombre del cristianismo se había alejado, en sus prácticas sociales, de los principios fundamentales de estas enseñanzas. Dice Gerardo Farrell³ (1930-2000):

Al culminar el siglo XIX los problemas sociales comenzaron a predominar en las preocupaciones del mundo europeo. La explotación de los trabajadores, propia del sistema laboral del liberalismo capitalista de entonces... hacía que la situación de los obreros fuera el centro de la atención. La agitación de los pueblos se derramaba desde el campo político al terreno de las cuestiones económicas. Este final de siglo encuentra a Europa ya casi totalmente transformada, desde el punto de vista de las relaciones laborales, por las consecuencias de la explotación inhumana. Las consecuencias de la revolución industrial habían invadido casi todos los países y una crisis de proporciones se podía ya presagiar en el horizonte. Fue en ese momento, entonces, en el que la Iglesia hace oír su voz respecto de esa situación.

Los trabajadores industriales habían comenzado a asociarse en sindicatos para presentar un frente de lucha más compacto frente a la voracidad de los patrones. El papa León XIII aprueba en esta encíclica esa institución de defensa de los derechos laborales contra la opinión de los sectores más conservadores de la Iglesia. Comenta Farrell el texto del papa:

El problema fundamental de la organización social y económica de esos tiempos está en la separación de la economía y la moral. Esta separación es la que llevó a la situación que el Papa describe con estas patéticas expresiones "desentendiéndose de las instituciones públicas y las leyes, con el tiempo se fue insensiblemente entregando los obreros, aislados e indefensos, a la inhumanidad de los empresarios y a la desenfrenada codicia de los competidores. Hizo aumentar el mal la voraz usura, que, reiteradamente condenada por la autoridad de la Iglesia, es practicada, no obstante por hombres codiciosos y avaros bajo una apariencia distinta. Añádase a esto que no sólo la contratación del trabajo, sino también las relaciones comerciales de toda índole, se hallan sometidas al poder de unos pocos, hasta el punto de que un número sumamente reducido de opulentos y adinerados ha impuesto poco menos que el yugo de la esclavitud a una muchedumbre infinita de proletarios". Por eso, la Iglesia trata el problema, porque la cuestión social es principalmente moral y religiosa.

No puede dejar de sorprendernos que más de un siglo después todos estos conceptos sigan teniendo la misma vigencia. Parecieran haber sido dichos respecto del mundo globalizado actual. Puede aparecer como una objeción respecto del "tener esperanza" que podría ser formulada así: «Si hace más de un siglo esto ya era así, y si en todo este tiempo nada cambió, ¿cómo tener esperanza respecto de un futuro que parece tan improbable en el que la cuestión social mostraría indicios de cambios importantes?». No debe olvidarse que la esperanza de cambios estructurales no puede tener como condición los plazos cortos. Por otra parte, tampoco es cierto que «en todo este tiempo nada cambió», la conciencia de los pueblos ha ido creciendo respecto de sus derechos y de las fuerzas de las que disponen: contra la globalización impuesta se levantó el movimiento "alter-globalización" que obligó a rectificar decisiones. Por ello la vigencia de las palabras de la

³ Profesor de Sociología Pastoral y de Doctrina Social de la Iglesia en la Facultad de Teología de la Universidad Católica Argentina y de Sociología en la Universidad de Morón. Además, fue fundador de la Escuela de Servicio Social de la Diócesis de Morón, de nivel universitario.

Rerum Novarum adquiere en este presente otra fuerza porque se pueden encontrar en ella algunas indicaciones no atendidas en su tiempo y que mantienen su valor de enseñanza hoy.

Y es éste uno de los rasgos de la Doctrina Social que me interesa dejar subrayado, ante la comprobación de que gran parte de esta iglesia ha olvidado lo que ya estaba dicho. Su capacidad de convertirse en fuente de aprendizaje hacia el futuro que necesitamos construir ha perdido credibilidad. La necesidad del diálogo entre todos los actores y los sectores sociales, se impone como camino imprescindible para los acuerdos sociales que vayan incorporando al estado actual de nuestra sociedad modificaciones que recuperen lo perdido. Esos diálogos podrán ir tranquilizando los ánimos, reconociendo en los interlocutores aquellos aspectos que se presenten como rescatables, confirmando la importancia de rescatar la verdad general por sobre los intereses mezquinos, concediendo lo que no es compartible por el otro y exigiendo reciprocidad.

La Doctrina Social se convierte, entonces, en una fuente de lineamientos generales que parten de una actitud cristiana que privilegia las prioridades de los más necesitados, colocando de este modo los primeros escalones para la elevación del conjunto social. Pero sin olvidar que, si bien las enseñanzas anteriores a esta encíclica colocaban todo el peso de la reflexión en la moral de los actores sociales, esa moral no deja de ser un factor a tener en cuenta, al que debe agregarse la reflexión política para su realización, puesto que sólo desde esos valores se podrá discernir claramente cuáles son los caminos que deben emprenderse. Sin la guía de la moral de los participantes se quiebra el lazo social que coloca por delante el bien común. Sin la reflexión política se corre el riesgo de caer en moralismos inconducentes. Se abre así, cuando no es el bien común el centro equidistante, el juego mezquino de anteponer lo sectorial por encima de lo común. No olvidando el señalamiento sobre el error de haber separado lo social y lo económico de lo moral.

La Doctrina Social puede mantener su carácter de fuente porque el fundamento que la sostiene se asienta en las enseñanzas evangélicas. Juan Pablo II decía en el discurso inaugural del encuentro de Puebla (1979):

«La Iglesia ha aprendido del Evangelio que su misión evangelizadora tiene como parte indispensable la acción por la justicia y la tarea de la promoción del hombre, porque ella también ha tenido que aprender. La reflexión compartida a través de los siglos, con errores y aciertos, iluminada por las enseñanzas del Evangelio, le otorgan una validez por sobre las ideas individuales, recogida en sus experiencias particulares. Los actores sociales se enriquecerían escuchando esas enseñanzas. Es que el conjunto de ideas que campean en las discusiones sociales y políticas, algunas de ellas apoyadas en ciertos aportes de las ciencias sociales, adolecen de una parcialidad y fragmentariedad insuperables en sí mismas. Puesto que ese modo del análisis está impregnado de concepciones parciales sobre el hombre. A esas particularidades la Doctrina Social le ofrece “La verdad completa sobre el ser humano que constituye el fundamento de la enseñanza social de la Iglesia, así como la base de la verdadera liberación”».

Retomemos la línea de pensamiento con que empezaban estas líneas. En mi opinión la esperanza se consolida cuando se puede percibir que siguen existiendo los caminos que nos llevarán hacia el futuro deseado. Caminos que por ser viejos no han perdido su capacidad de orientar claramente al caminante que busca con mirada clara. Por el contrario, su permanencia es símbolo de su vigencia, de su solidez, de su perseverancia iluminada por la verdad sobre el hombre. La consistencia de esa verdad posibilita la construcción de bases permanentes para el diálogo y la certeza de que lo que sobre ellas se edifique permanecerá y será saludable para todos.

Apoyados en esa ideas madre se nos presenta el futuro en todas sus posibilidades. Los errores que nos han llevado a esta difícil situación actual se convierten en una dolorosa enseñanza, pero por dolorosa no menos válida por la riqueza que contiene. Esta enseñanza nos sirve para comprender que si esos errores nos desviaron del camino hacia un mundo mejor, la rectificación del rumbo nos coloca nuevamente con la proa

hacia el horizonte deseado. El escepticismo nos muestra los errores como una fatalidad insuperable, la esperanza nos hace ver en ellos una enseñanza que enriquece la experiencia individual y colectiva.

Las raíces de la esperanza

Pero para lograr el comienzo de ese construir el futuro deseado y hacerlo con solidez es necesario sustentar la tarea en ese pasado en el que están enterradas nuestras raíces. En ese pasado podemos encontrar nuestras tradiciones que nos hablan de la historia, historia que siempre es la de una comunidad, en este caso la nuestra. Sin embargo, y esto no escapa a nadie, allá se pueden encontrar variadas historias porque éstas son y siguen siendo siempre una reconstrucción de lo que sucedió entre personas. Las comunidades presentan un entramado de pasiones e intereses que se van resolviendo en síntesis institucionales temporarias. El tiempo posterior permite desentrañar cuáles son aquellos hilos que intentaban abrir el camino hacia un mundo más justo. En el acontecer socio-político los actores de la historia se ubican en bandos que pujan por darle un destino a sus trabajos culturales. No puede soslayarse que los intereses contrapuestos, muchas veces, colocaron de un lado la liberación de los pueblos y del otro a sus opresores.

No todos ellos son portadores de la clarividencia que les posibilite desbrozar los caminos más aptos, menos costosos, más solidarios, y comunicar la verdad de sus intenciones a quienes quieren acompañarlos. Tantas veces los hombres se dividieron en bandos antagónicos quedando enfrentados los más idealistas, los más sacrificados, los que colocaron sus vidas al servicio de una causa para los más en propuestas que parecieron incompatibles. Todo ello debe ser parte de nuestra reflexión cuando dirigimos la mirada hacia atrás buscando aquellos viejos senderos. De todos modos, la cultura popular va lentamente tamizando los hechos y se va quedando con los mejores propósitos aunque en aquel tiempo pudieran no haber dado los frutos buscados.

En ese pasado, que en nuestra tierra indoamericana debe remontarse a aquel encuentro doloroso, contradictorio, en el que se enfrentaron pueblos y culturas con un muy alto costo humano, donde se tejió, a pesar de todo ello, con las más viejas tradiciones judeocristianas y las de los pueblos originarios, la tierra cultural que hoy comienza a emerger reclamando su derecho a la vida. De allí debemos recoger lo mejor de sus enseñanzas y desde ellas crecer en nuestra identidad. De ese modo el presente encuentra un piso consistente sobre el cual edificar nuestras vidas comunitarias. Vidas que son siempre despliegues en el presente, pero de un presente que puede mostrarnos entonces su densidad por la gravedad de ese pasado y la potencialidad de proyección hacia el futuro. Desde esas tradiciones la conciencia está mejor preparada para discernir cuáles de los presentes que se nos ofrecen pueden expresar mejor la continuidad y la superación de ese «ya sí, pero todavía no» de nuestras esperanzas.

Así, pasado, presente y futuro, en su dimensión de tiempo, deben proyectarse hacia arriba en la dimensión trascendental, hacia esa zona más profunda del misterio en la que muchas preguntas sólo encuentran respuestas en la Fe, y desde ella la, para el creyente, la comunicación con Dios revela un modo particular de ser humano, para completarse en la plenitud de la integración de esas dimensiones. En esa comunicación, que se hace diálogo, podemos encontrar la profundidad del misterio del hombre, su unicidad y exclusividad dentro de la creación, su privilegio, su llamado a convertirse en hijo y hermano de todos sus semejantes. Es así que el creyente arrastra el difícil compromiso de dar testimonio de lo que cree con su conducta.

El recuerdo nos lleva, entonces, al ejemplo transparente de Francisco de Asís que llamaba hermano a todo lo existente. Es así que la identidad adquiere la experiencia de su unicidad, de su irrepetibilidad, de su *ser persona*. En nuestra experiencia de ser persona, de haber sido creados como seres únicos, podemos encontrar dentro de nosotros, en lo profundo de nuestra dimensión interior, la riqueza inmensa que alberga nuestro corazón con la infinitud de la presencia de Dios. De este modo la limitación de haber nacido en un tiempo y en un lugar determinado, lo que nos constriñe a límites precisos de espacio y tiempo, se ve potenciada por la presencia de lo Absoluto. Desde ese complejo entramado de encuentros, de tiempos y de eternidad, de limitaciones e infinitud, aparece el hombre en la verdadera magnitud de su dimensión: ser «creado a imagen y semejanza de Dios». Lo que lo obliga a comportarse como hermano de todos y todo.

Ahora, desde estas consideraciones, tal vez nos sea más fácil volver al tema de la esperanza. La posibilidad de pensarla, para hacerla carne, radica en ese misterio insondable de haber sido creados «a imagen y semejanza», todos, sin exclusiones. Porque desde la comprensión y aceptación de ese privilegio, de la misión encomendada que implica el proyecto de llegar a «ser como Dios», así como nos fue revelado en la presencia de Jesús de Nazaret en la tierra, se perfila la misión del hombre en la tierra: «Amaos los unos a los otros». Es en este punto en que debemos estar muy atentos por las confusiones en que se hundió la modernidad europea, y que ha llegado hasta nosotros.

El despertar en la conciencia moderna de las posibilidades que atesoraba la calidad de ser humano se desvió tras la tentación de superar la oferta y suplantarla: de la semejanza se saltó a la divinización del hombre, asumiendo las cualidades que la tradición helena y latina le atribuyeron a Dios: *omnipotencia, omnipresencia, infinitud, eternidad*. A la humanidad en tanto tal, no a cada una de las personas, se le atribuyeron esas cualidades y desplazaron y sustituyeron al Dios judeo-cristiano. La cultura europea es la única que acuñó el ateísmo como resultado de esto. Fue, probablemente, Ludwig Feuerbach⁴ (1804-1872) quien mejor expresó esa transformación.

Esta reflexión intenta evitar los falsos caminos, en mi opinión, que llevan a perder la orientación en medio de las nebulosas ideológicas. Cuando logramos colocar la esperanza en el fundamento de la promesa de Dios, sentimos que ya no depende de nosotros solamente. No es nuestra pequeñez y finitud la que sostendrá la posibilidad de lograrlo, sino el amor sin condiciones que nos es ofrecido y que el Maestro nos testimonió. Esa esperanza tiene el aval de la Promesa que ofreció en la Alianza, en las palabras que escuchó Moisés: «Yo estaré contigo», y que Jesús confirmó a sus discípulos «Yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo». Por ello esa esperanza no debe ser convertida en resignación frente al presente, por la seguridad de ser recompensado en un Reino que está en los Cielos, porque Jesús nos dijo que «el Reinado ya llegó, está aquí entre nosotros».

El reinado de Dios es el encargo que recibe el hombre de una sociedad fraterna que debe construirse entre todos. Este compromiso debe testimoniarse cotidianamente, en nuestra relación con todos los que nos rodean, alimentado por la Fe que sostiene a la esperanza. La vida adquiere así un sentido trascendente, que rebasa el tiempo que vivimos y el espacio que ocupamos, proyectada hacia un futuro que será también la consecuencia de nuestro aporte a su construcción. Ese futuro será lo que todos y cada uno de nosotros haga, porque Dios puso la historia en nuestras manos para que fuera haciéndose bajo su amorosa mirada.

Cómo tener esperanza

⁴ Fue un filósofo alemán, antropólogo, biólogo y crítico de la religión. Es considerado el padre intelectual del humanismo ateo contemporáneo, también denominado ateísmo antropológico.

La primera regla que tenemos que imponernos es abandonar las ansiedades y olvidarnos de éxitos de corto plazo. Estamos algo deformados históricamente por años de estar depositando nuestras esperanzas de un cambio en determinado grupo político que prometía lograrlo de inmediato. Pusimos todas nuestras energías en apoyar a esos grupos políticos para que accedieran al poder y cambiaran las cosas. Elegir a aquellos en los que confiamos es sólo una parte de la construcción del futuro; la otra que en nuestras responsabilidades. Si nos desentendemos de nuestra obligación de ser partes responsables de lo que suceda seremos cómplices de los resultados. Esto es evidente, no vale la pena volver a comentarlo.

Nuestra perspectiva debe ser otra: hay que ir pensando que el camino va a ser muy largo pero que hay que comenzar a caminar ya, tomando y haciendo tomar conciencia que de este presente se sale entre todos o no se sale. Esto es lento y es relativamente nuevo para muchos de nosotros. Debemos estar atentos a los engaños. Esta historia no es nueva, si recordamos, la vida de Jesús puede darnos infinidad de ejemplos de que Él se encontró con obstáculos similares. En esos momentos dio testimonio de sus enseñanzas: cómo comprometerse con las cosas de este mundo, señalando las injusticias y mostrando el camino de su reparación. Por ello la realidad no es un obstáculo que impida trabajar en la búsqueda de horizontes mejores, es el modo en que se presenta la vida y en la que debemos aportar nuestra contribución. Es decir, ser partes de la comunicación de la buena nueva: la esperanza en un mundo mejor.

Más de una vez se han utilizado algunos textos bíblicos para justificar situaciones económicas y políticas del mundo actual. Por ejemplo, una de las frases que se ha repetido es «siempre habrá pobres». Como de esa cita se han hecho eco muchas personas de "buena voluntad" y creyentes sinceros, esto induce a pensar la pobreza como una contingencia "casi natural", como una fatalidad que no se puede evitar. Revisemos esto para no dejarnos arrastrar por derrotismos o fatalismos que desembocan en escepticismos sociales. La situación en que se encuentra nuestra Argentina, nuestra América Latina y la pobreza generalizada en el resto del mundo nos impone aclarar estos temas. El avance de la pobreza y la miseria extrema son ya parte estructural de este modo de globalización que se nos ha impuesto.

Un estudioso del tema, Carlos H. Abesamis⁵, afirmaba analizando las bienaventuranzas:

Bienaventurados vosotros que sois pobres, porque vuestro es el reinado de Dios... el reinado-reino de Dios significa justicia y liberación para los pobres y los oprimidos. Para comprenderlo así, hay que tener en cuenta que: 1) los "anawim" de la bienaventuranza original eran no sólo los pobres, sino también los pobres y oprimidos; 2) la bienaventuranza, como otras bienaventuranzas, son proclamación de la salvación. Si conjuntamos ahora estas dos nociones, es decir, si nos preguntamos cuál es la salvación que va ofrecerse a los pobres y oprimidos, veremos que el "reinado de Dios" de que se habla en esta bienaventuranza es precisamente la justicia y la liberación de los pobres y oprimidos.

Por lo tanto, debemos hacer una diferenciación. Una cosa es el pobre en sentido sociológico, es decir, el pobre económicamente hablando, el oprimido, el que carece de medios para vivir, otra el pobre en sentido espiritual, el humilde de corazón, que pone su confianza en Dios porque es consciente de sus limitaciones. A los primeros se los debe ayudar y denunciar la injusticia de su situación, por lo que se debe luchar para terminar con ella. Diferente es el caso de los segundos, de ellos sí se puede decir que «habrá siempre» y es deseable que los haya. Son los que forman esa enorme legión de gente sencilla, de buen corazón, dispuesta a la solidaridad aunque no sea muy poco lo que les sobre. Sobre este equívoco ironizaba Don Helder Cámara.

⁵ Sacerdote jesuita, profesor de Teología Bíblica de Asia y Contemporánea en la Facultad de Teología de Loyola, Intercongregacional Centro Teológico, y otras escuelas teológicas en las Filipinas. Él es el co-fundador del Instituto Socio-Pastoral (SPI), miembro fundador de la Asociación Euménica de Teólogos del Tercer Mundo (EATWOT) y la Conferencia de CATS teólogos asiáticos).

El gran obispo de Brasil, solía decir: «cuando doy limosna a un pobre, me llaman santo; si pregunto por qué es pobre, dicen que soy comunista». Porque, es claro, hablar de los pobres "a fondo", es hablar de la economía, de la política, de la explotación del oprimido.

Cabe agregar que en la Biblia, además de anawim, se usan otros dos vocablos: uno es aní que puede traducirse literalmente por humillado u oprimido, de éste dice la Biblia: «no debe haber Aní en medio de Uds....»; el otro es ebion que se debe traducir por el sufriente, el necesitado, el que carece porque "tuvo mala suerte", de este afirma «nunca faltará el Ebion en esta tierra...». Para estas tres palabras sólo se utilizó pobre para su traducción, lo que dio lugar a malas interpretaciones. Por ello es necesario que, ante tanta injusticia y tanto sufrimiento, no caigamos en interpretaciones que nos empujan al error de aceptar lo que es inaceptable, y que puede ser usado por aquellos que desean que nada cambie porque medran con el padecer de otros. Esos son los que se alimentan con el escepticismo de los demás.

Somos la "sal de la tierra" y la "levadura que eleva la masa"

Dice Olegario González de Cardedal⁶ (1934-) que:

El hombre sabe que en un sentido todo será nuevo y en otro nada será del todo desconocido. Dios es el siempre conocido, aun cuando sea siempre sorprendente. En el cristianismo la esperanza es la desembocadura de una historia determinada por la promesa de Dios y la fidelidad del hombre. Y, sin embargo, a la vez, es la espera de lo Absoluto insospechable.

Ser cristiano es ser, necesariamente, esperanzado, porque debemos ser el testimonio vivo de que todo lo que es malo en este mundo no es querido por Dios. Por ello, contamos con Él para cambiarlo todo, para construir juntos a nuestros hermanos un mundo mejor, más solidario, más equitativo, en el que nuestra vida se juegue siempre en la «opción preferencial por el pobre». Los cristianos no debemos tener esperanza, debemos ser esperanza vivida y testimoniada, porque nuestra fe está depositada en la promesa del Reino que «ya está entre nosotros» y por ello estamos invitados a su construcción.

«La ganancia es la esperanza; la pérdida es la desesperación. Esperanza rigurosa, fiel y coherente que sólo es posible desde dentro de la libertad, la historia y el amor. Pero cuando éstos se dan, la finitud abre a lo eterno y al Eterno». Hemos estado pensando algunas paradojas de nuestra cultura occidental. Aquí se presenta otra. La libertad fue el reclamo fundamental de la modernidad, ésta supone que somos libres para elegir el camino que mejor nos parezca, pero nos quejamos de la incertidumbre que nos hace padecer la ignorancia del futuro. Este pensador nos guía en esta reflexión: «Ahora bien, si la ignorancia del futuro es la condición de la libertad –si todo nos fuera conocido de antemano nos sería imposible la historia real». La pretensión de ser libres, hoy exigencia de todos, lleva aparejada necesariamente la necesidad de la ignorancia sobre el futuro. Si supiéramos como va a ser el futuro esto supondría que ya está escrito. ¡Cuántos corren a leer el horóscopo! Entonces, si está escrito ese futuro poca libertad tendríamos para vivir nuestras vidas dado que no seríamos más que marionetas a quienes nos correspondería desempeñar los papeles que nos han sido asignados. Ser libres comporta la responsabilidad de vivir nuestras propias vidas, de elegir los caminos a recorrer y hacernos cargo de las consecuencias. Volvamos a González de Cardedal:

⁶ Sacerdote español, doctor en Teología por la Universidad de Múnich, estudió en Oxford y en Washington D. C. Ha sido catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca y es miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Fue colaborador de Xavier Zubiri y alumno y compañero de Karl Rahner.

La confianza en el futuro es la condición de la dignidad del presente», pues no sería digna, ni siquiera humana, si no fuera libre, pero ello nos impone el desconocimiento del futuro puesto que éste será lo que seamos capaces de hacer con él. «Cuando ese futuro no es la construcción y proyección hacia delante de nuestras capacidades» no es más que puro azar. La respuesta moderna a esto es la proyección de una técnica y una ciencia que nos brindará y solucionará todo. Pero hoy, después del Holocausto, de Hiroshima, de todo lo que siguió, seguir confiando en las decisiones de los dueños de esas actividades colocadas al servicio del lucro parece más bien cosas de ingenuos o de suicidas. «Quien habla primero sobre Dios habla consecuentemente de una forma sobre el hombre y sobre el mundo. Quien, en cambio, primero habla sobre el mundo está implicando unas afirmaciones sobre Dios y sobre el hombre. Y quien comienza hablando sobre el hombre no llega a su última profundidad hasta que no ha hablado sobre Dios. En la relación concreta que se establece entre estas tres realidades es donde se ilumina y decide el destino humano.

Cuando en el Génesis se narra el mito histórico en el que Dios pone la tierra en manos de los hombres, de todos los hombres, les recomienda: «Sean fecundos, multiplíquense, llenen la tierra y sométanla» y agregó: «Yo les doy todas las plantas que producen semilla sobre la tierra, y todos los árboles que dan frutos con semilla: ellos les servirán de alimento» y así terminó el proceso de la creación divina. De allí en más todo lo que sucedió fue obra del hombre. La historia nos enseña que algunos entendieron mal o se aprovecharon de los que no entendieron bien. La misión que se renueva con Jesús nos impone ser la «sal de la tierra» y la «levadura que eleva la masa», como tarea de reconstrucción del camino abandonado. Porque algunos hombres en su afán de multiplicar sometieron, junto a la tierra, a sus hermanos. Esto quedó expresado en la respuesta de Caín: «Acaso yo soy el guardián de mi hermano». Se había roto la fraternidad. Esta «historia de la lucha de clases» requiere de los espíritu fraternos para poder superarla, aquellos que estén dispuestos a dar gusto a la vida siendo la sal y eleven la masa siendo levadura.

Palabras finales que son sólo un comienzo

A pesar de lo mucho ya escrito debemos ser conscientes de que es mucho más lo que no se ha dicho. Son temas muy profundos en los que se juega el destino humano y, por ello, son infinitos, inabarcables, dado que contienen mucho de misterio. Pensar en todo esto es un ejercicio imprescindible en la tarea de construirnos permanentemente como humanos. Es la tarea de toda una vida, sin ella caeríamos en una chatura y liviandad que daría una vida muy poco digna de ser vivida. Los poderosos de siempre, y mucho más los de hoy con todos los instrumentos que tienen a su disposición, nos tienen reservado un futuro como el que Aldous Huxley⁷ (1894-1963) describió en *Un mundo feliz*. Denuncia la inhumanidad de una vida humana placentera.

González de Cardedal nos señala las tareas que implican la construcción de una vida humana digna:

El hombre sólo se realiza humanamente si ejercita cuatro miradas: hacia fuera (mundo) y hacia arriba (trascendencia), hacia dentro (interioridad) y hacia delante (futuro absoluto). Estos cuatro movimientos no son de dirección local sino de ejercitación personal. Por ello se implican. El movimiento hacia arriba abre el misterio de Dios; el movimiento hacia adentro abre a la íntima realidad humana; el movimiento hacia fuera abre al mundo: la naturaleza y los otros hombres, en sí

⁷ Fue un escritor británico que emigró a los Estados Unidos. Miembro de una reconocida familia de intelectuales, es conocido por sus novelas y ensayos, estuvo considerado como un líder del pensamiento moderno.

mismos y en sus obras; el movimiento hacia adelante abre hacia el futuro como consumación de las propias posibilidades y del sentido de la historia total. La verdad sobre el hombre habita en esos cuatro ámbitos: en lo interior y en lo exterior, en lo superior y en lo por delante. Cada una de estas miradas tiene que ser trascendida e integrada en una interacción que no rompa la circularidad... Cuando el hombre integra esos cuatro mundos (Dios, sí mismo, mundo, futuro) entonces tiene soledad en compañía y compañía con una soledad que es condición de su libertad a la vez que fuente de su esperanza.

El verdadero problema de la esperanza radica en nuestra capacidad de trascender la vida y el mundo que nos ha tocado vivir. En asumir la vida como misión fraternal, como tarea liberadora, como construcción de «un mundo en el que quepan muchos mundos» según el decir del Subcomandante Marcos de Chiapas. Por lo tanto: ¿Nos atreveremos a comprender a Dios como amor y al hombre, como criatura amorosa, como receptor y prolongador de ese amor? La osadía del cristianismo al definir a Dios como amor determina también la comprensión del hombre y de su forma de vida. No se trata de una propuesta filosófica o de una reflexión moral sino de una experiencia hecha a la luz de la historia de un pueblo y de un hombre.

La afirmación esencial del cristianismo es que Dios ha descendido hasta ese hombre creado para tales ascensiones, ha compartido su destino, ha gustado su pasión de existir y así se le ha revelado como amor. Dice González de Cardedal:

El amor no es un imperativo ni una exigencia sino un don previo, al que se responde con la misma palabra y moneda. No responderle significaría que no había sido reconocido como tal. Lo más esencial no es lo que el hombre hace o tiene que hacer, sino lo que Dios ha hecho por él, la precedencia divina, que abre un camino para que el hombre marche hacia un encuentro personal con él.

Dios, que ha creado al hombre para ser su compañero de viaje, comparte el destino de su amigo hasta el final. El amor sólo es reconocible y responsable cuando se expresa en la compasión que asume y en la debilidad compartida. Un amor absoluto en la distancia es humillante y no redime; sólo redime el que comparte y com-padece con las personas amadas.

Pero qué hay de nuevo en todo esto, ¿no es una trivialidad conocida desde siempre? Conocida sí, pero olvidada también. Lo más grave que le puede ocurrir a una persona o a una generación, y esto es lo que generó la cultura moderna, es que con sólo saber alcanzaba. Olvidó la raíz de la que nacen como personas y así llegamos a quedar desarraigados. En el horizonte del pensamiento moderno se proyecta una mirada negativa sobre lo que éste desencadena en el hombre. Desde allí se contrapone el amor, como impulso egoísta, posesivo, impuro, propio del hombre aferrado a la inmediatez de su pequeño mundo, frente al ágape, o amor generoso, que se realiza en el dar, de pura benevolencia, propio de Dios y del hombre redimido.

Por eso hay que poner distancia entre ellos, depositando a cada uno en el lugar que les corresponde, y esto es el resultado de una decisión del hombre libre. En ese acto se decide la soledad como alimento de la melancolía, sucumbiendo a una sensación falaz de presencia y compañía entre individuos cercanos pero ajenos entre sí. La fraternidad no se resuelve sólo en el estar juntos, sino en la actitud de estar para los otros, en asumir «ser guardianes» de nuestros hermanos. Ésta es una tarea en la que no se puede despreciar la política. El tránsito del evangelio a la acción política no es directo sino por la mediación de instituciones culturales, sociales, económicas y políticas, que hay que elegir dentro de un pluralismo, derivado de las distintas lecturas científicas de la realidad, a la vez que de las distintas prioridades que los mismos cristianos pueden establecer para resolver los problemas. Una sociedad que no participa, no es libre. Y es libre cuando es cultivada, es decir piensa, lee, reflexiona por sí misma, no está a merced de chismes o rumores, propone públicamente razones universalizables, no meras opiniones personales.

Dice nuestro pensador:

La casa del hombre se sostiene en cuatro columnas: realismo ascético de la acción, penetración perforadora del pensamiento, recogimiento actualizador de la memoria y anticipación proyectiva de la esperanza. Pero cada uno de nosotros sólo puede construir una pared de esa morada vital, encender unos fuegos, plantar unas semillas. La mayor parte de lo que necesitamos lo recibimos de los demás por la palabra viva; y, cuando ésta ya no es posible, por la lectura. ¿Qué sería de nosotros si no nos hubiera quedado escrita la palabra de los grandes filósofos y científicos, santos y poetas? Somos humanos extendiendo nuestra corta y pobre vida a la anchura y riqueza de quienes nos han precedido en la senda de la verdad y de la misericordia, del coraje y de la utopía. Sólo quien ha perdido la pasión absoluta de lo humano y se ha aposentado con el sopor del animal en los prados de la inmediatez pregunta por qué leer.

Breve consideración final

Todo comienzo de siglo trae una renovación de las esperanzas, pareciera que el mero cambio del almanaque produjera una revolución en el tiempo, que es siempre el mismo pero que siempre ofrece lo inesperado. No podemos olvidar, para no perdernos en las nubes de la inconciencia, que en nuestra historia inmediata no empezó del mejor modo. Sin embargo, dentro de todas las perturbaciones algo pareciera decir que se abren nuevas perspectivas, nuevos comienzos, nuevas ilusiones, renovadas esperanzas. Es cada uno de nosotros el que debe decidir dónde se detiene a pensar cómo continuar el camino y con quiénes. La desesperación y la esperanza nos señalan dos caminos que se abren. Nos agrega González de Cardedal:

El tiempo sólo es humano, a diferencia del tiempo cronológico, si el hombre lo toma en su propia mano, si vuelve la mirada a su trayecto, discierne sus contenidos, reconociendo y rechazando lo que fue injusto, falso e inhumano, a la vez que reafirma lo que con él la libertad forjó de verdadero, limpio y eterno. Consumado de esta forma el tiempo, es acrecentamiento de conciencia y génesis de libertad, porque, así purificada la memoria y reconstruida la dirección de la vida, puede el hombre recobrar el tino. Lo que digo del individuo vale también de las instituciones y de los grupos, de las minorías de sentido y de las naciones.

Ser esperanzado y ser iluso no son la misma cosa, su confusión impide que ahondemos nuestro pensamiento. El tiempo del reloj y el del almanaque escapa a nuestra posibilidad de incidir en ellos. Sin embargo, podemos ser dueños de nuestro tiempo, el que transcurre en el seno de nuestra conciencia, en la relación entre el yo y el mí, este es un tiempo para brindarnos a los demás. En ese diálogo en el que vamos aprendiendo a conocernos la intimidad que se va ganando nos madura, nos hace más pacientes, más reflexivos, más serenos. De ese modo, con la independencia que vamos cimentando respecto de las presiones de la vida cotidiana nos convertimos como Amado Nervo en «arquitectos de nuestro propio destino». Vamos sometiendo los otros tiempos que nos acosan a los ritmos de nuestros corazones. El saber discernir entre estos diferentes tiempos nos hará más libres. Son aquellos diferentes tiempos de los que hablaba un sabio del siglo III a. C. que puso sus enseñanzas en la boca del Eclesiastés (palabra griega que significa «predicador»). Apoyado en sus enseñanzas se puede decir que:

Hay tiempos y tiempos

Hay un tiempo del tic-tac: perseverante, imperturbable, calculador.

Hay un tiempo de la naturaleza: cambiante, sorprendente, recurrente en sus estaciones.

Hay un tiempo de la historia: novedoso, irreversible, zigzagueante e irrepetible.

Hay un tiempo del encuentro con el misterio: tiempo de letargos y despertares, fascinante, de la escucha a sí mismo, lugar en el que reverbera la interpelación del otro; la que nos reclama aquel Otro. Es el camino de la Paz. Debemos asumirlo como un tiempo de espera, que nos recuerda el difícil misterio de la encarnación, tiempo en que la Trascendencia, según la Tradición, se presentó en la figura de un niño indefenso e inocente, cuya vida nos mostró un camino posible y necesario para todos nosotros.